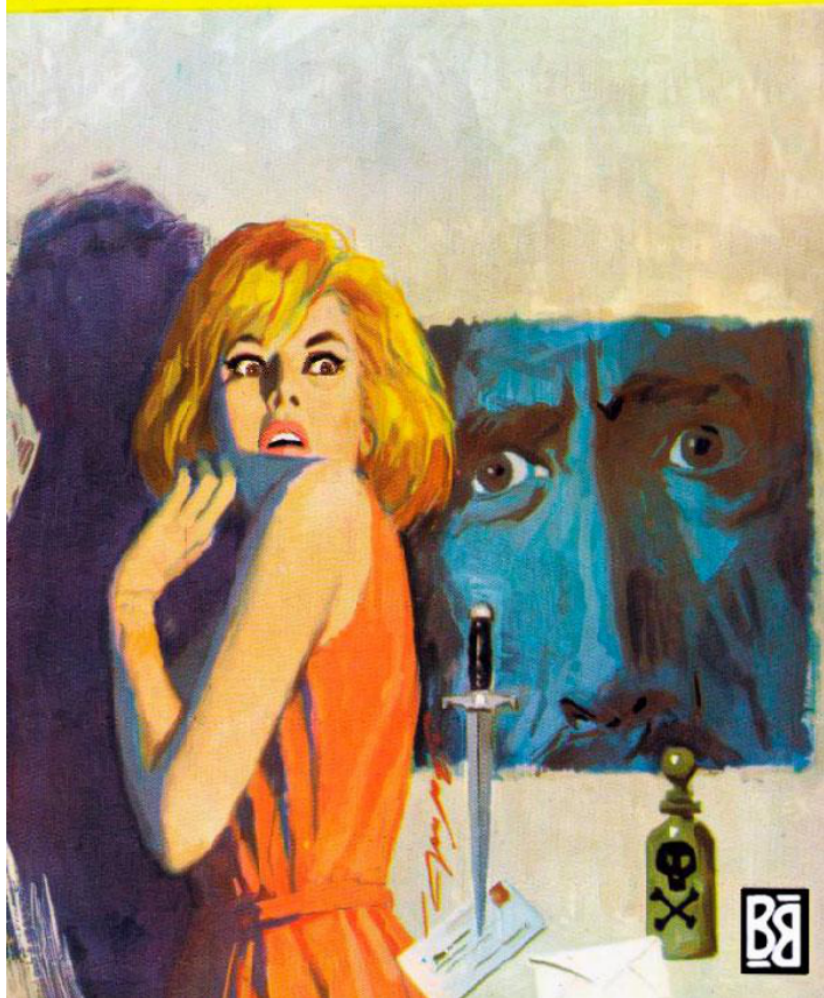


PUNTO
ROJO

Magali, detective privado

Frank Caudett



BB

COLECCION

PUNTO ROJO



JBOX

BEN
SALINDERS

MAGALI
OCRAZ



FRANK CAUDETT

MAGALI, DETECTIVE PRIVADO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 295

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 31.451 - 1967

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: diciembre. 1967

© FRANK CAUDET - 1967
sobre la parte literaria

© ANTONIO BERNAL - 1967
sobre la cubierta

© BOIX - 1967
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

PRÓLOGO

Tiró el cigarrillo y lo pisó furiosamente con el alto tacón de sus finos zapatos negros.

Recogió el bolso.

Dejó un billete sobre la mesita, al tiempo que se ponía en pie.

Con ambas manos a la altura de las caderas, trató de alisarse el vestido, coquetamente, sin conseguir que desaparecieran del todo las arrugas de la tela.

Luego, con exquisito cimbreo, su cuerpo onduló al compás de unas piernas largas y bien formadas al caminar en dirección a la salida.

Serpenteaba por entre las mesas con una cadencia elegante, delicada, rompiéndose su frágil cintura en fugaces quiebros que ponían de manifiesto la elasticidad de sus curvas rotundas.

Volvió la vista hacia atrás, instintivamente, un par de veces.

Fue la segunda vez, cuando tropezó con la mujer que hacía el mismo recorrido que ella, pero a la inversa.

Ambas se miraron unos segundos, sorprendidas, y al mismo tiempo iniciaron las frases de rigor, diciendo:

—Disculpe, he sido muy...

—Disculpe, he sido muy...

Y las dos, al unísono, soltaron la carcajada.

—¿Qué será que siempre empleamos las mismas frases para excusar nuestras torpezas? —inquirió la que abandonaba el lugar.

Y contestó la otra:

—Instinto. Imagino que será una cosa que llevamos aprendida y que repetimos por instinto cada vez que tropezamos con una persona. Mi nombre es Roberta Hedison... y creo que este tropezón ha sido obra del destino. Teníamos que conocernos. ¿Cuál es su nombre, querida?

Evidentemente, su interlocutora exteriorizó la sorpresa que le

producían aquellas palabras.

Arqueó las cejas y abrió los ojos.

—Magali Ocraz, éste es mi nombre. Pero... no entiendo lo que ha querido decir.

Roberta sonrió.

—¿Nos sentamos, Magali?

Se encogió de hombros la aludida.

—Precisamente me marchaba...

—¿Algún plantón?

Magali extendió una picara sonrisa por sus labios carnosos.

—En cierto modo, sí —repuso—. Pero no se trataba de una cita amorosa.

Roberta, sin escucharla, señaló una mesa, inquirendo:

—¿Le parece bien que nos sentemos en aquélla?

La otra esbozó una nueva sonrisa.

—Es la que acabo de abandonar.

En aquel momento, el camarero recogía el billete que Magali había dejado unos minutos antes encima del mantel.

Caminaron las dos hacia la mesa.

—¿Qué quieres tomar, Magali?

Roberta, con una franqueza encantadora, había iniciado el tuteo.

—Que sea un cinzano seco, con hielo. ¿Y tú?

Se hablaban como dos viejas amigas.

—Que sean dos cinzanos secos, y helados.

El camarero, que había permanecido a la espera y escucha, tomó nota en un pequeño bloc de las preferencias de ambas mujeres.

Al retirarse, ellas se miraron en silencio.

Magali era alta, bien formada, esbelta, ágil su cuerpo cimbreño, de profundos y tristes ojos negros, cabellos castaño-oscuro recogidos en un moderno y gracioso peinado alto, con excesivo toque de laca que daba un brillo penetrante al castaño natural.

La nariz era breve y algo aquilina.

Su boca, pequeña, de labios sensuales y arqueados.

Sin ser una belleza rutilante, el conjunto de sus facciones se hacía agradable por la pincelada de ingenuidad que latía en cada una de aquéllas.

El vestido negro encerraba como un molde la rotunda suavidad de sus caderas, la inverosímil cintura, el busto prieto, erguido, pero

apenas estridente.

—¿Y bien, Roberta? Ya estamos sentadas.

Roberta Hedison era de mediana estatura, de cuerpo rotundo, de senos desafiantes, hostiles, pronunciados y proyectados hacia delante con violencia, de cintura breve que el traje sastre se encargaba de evidenciar, con piernas de curva grácil y caderas flotantes, redondas, marcadas.

Trigueño era el suelto cabello y pardos los ojos grandes, girando dentro de unas órbitas que el lápiz azulado se encargaba de pronunciar hacia las sienas.

Nariz de trazo hábil y labios grandes, gruesos, muy brillantes por el *rouge* estridente que los cubría.

—Llevo muchos días buscándote, Magali —fue la sorprendente respuesta de la trigueña.

La otra montó ceja sobre ceja.

—¿A mí?

—A una mujer como tú.

Llegó el camarero con los cinzanos secos y helados.

—¿Quieres explicarte mejor?

Roberta se llevó el vaso a los labios, sorbiendo con fruición.

—Soy actriz de cine, y con cierto nombre. ¿No me has visto ninguna vez en la pantalla?

Magali bebía con cierto regocijo.

Y es que, en verdad, la forma de trabar conocimiento con una desconocida que resultaba ser una estrella del séptimo arte, no dejaba de tener su gracia en aquel caso.

—No —respondió, dejando el vaso sobre la mesa—. Siento decepcionarte. Tampoco tu nombre me es conocido. ¿Muchas películas en tu haber?

Roberta esponjó estudiadamente sus cabellos sedosos.

—Ocho. Y la que estoy rodando actualmente.

—¿Por qué buscas a una mujer como yo?

—Porque te pareces enormemente a Bárbara Majors.

La respuesta no aclaraba nada.

—¿Quién es Bárbara Majors?

—¿Tampoco la conoces, Magali? ¿Es que no vas nunca al cine?

La de los tristes ojos negros sonrió fugazmente.

—Siempre sueño con un marido complaciente que me lleve al

cine siete veces por semana.

Roberta correspondió a la sonrisa.

—Puedes prescindir del marido para eso. Los maridos suelen ser un estorbo... Te hablo por experiencia.

—Siempre es bueno saber la opinión de los demás y experimentar en cabeza ajena. Bueno... —Magali bebió otro sorbo —, deduzco por todo esto que Bárbara también es una actriz.

Asintió Roberta con la cabeza.

—Una extraordinaria actriz. El último descubrimiento de mi marido. Si te hubiera visto antes a ti, la pobre Bárbara seguiría esperando su oportunidad.

Magali apuró el resto de su cinzano y dijo, al tiempo que clavaba sus negros ojos en la faz hermosa y deslumbrante de la actriz.

—Mira, Roberta, no voy a negar que ha sido un placer conocerte, pero tampoco niego que ha sido absurdo que accediera a conversar contigo. Quizá por la sorpresa de lo que has dicho... Lo cierto es que yo me iba de este local, y bastante contrariada, por cierto.

La pulida luna de los pardos ojos de Roberta chispeó unos instantes con fugaz brillo.

Dijo:

—Así..., ¿era amorosa la cita?

Magali estalló en una sonora carcajada.

—¡No! —exclamó—. Ya te lo he dicho antes. Recibí una llamada telefónica de un cliente, citándome aquí a las siete de la tarde...

—¿Un cliente...? —La pregunta de la actriz era por demás intencionada.

Y ahora chispearon los ojos de Magali.

—Supones mal —habló ásperamente—. No se trata de la clase de «cliente» que imaginas. Soy detective privado y...

—¡Detective privado! —exclamó Roberta con inexplicable alegría—. ¡Parece imposible! ¡No puede ser verdad tanta casualidad! ¡Magnífico! ¡Espléndido! ¡Colosal! ¡Verdaderamente colosal!

Magali Ocaz terminó por sentirse desconcertada.

—Roberta —dijo con el rostro serio—, ¿puede saberse a qué viene tanta excitación? No soy la única detective privado de Miami.

La otra sacó su polvera para darse unos suaves retoques.

—Cierto, querida —dijo con más calma—. Supongo que habrá más de una detective privado en Miami. Pero ninguna otra que se parezca tan extraordinariamente a Bárbara Majors.

—Correcto, Roberta. Ya me has dicho antes que me parezco mucho al último descubrimiento artístico de tu esposo. Pero, veamos, ¿qué tiene que ver mi parecido físico y mi profesión... con la tal Bárbara? Y con el hecho de que te hayas empeñado en charlar conmigo diciendo que llevabas muchos días buscando una mujer como yo, ¿eh?

Roberta Hedison miró a la otra atentamente.

—Buscaba una mujer que se pareciera a Bárbara. La busca mi marido, la busco yo, la busca Production Films Benwer & C.^o

Ltd., la buscamos para el rodaje de ciertas secuencias del...

Magali, espontáneamente, soltó una nueva carcajada.

—¡Ah! —exclamó—. Ya entiendo. Buscáis un doble para Bárbara. Escenas peligrosas en las que la extraordinaria actriz corre el riesgo de lastimarse. ¿Digo bien?

Asintió Roberta.

—Cierto, Magali, comprobado que eres una chica inteligente.

—De profesión detective privado —atajó la aludida—, sin más interés que ejercer como tal. Divorcios, pruebas de infidelidad conyugal, custodia de valores... sólo eso, Roberta. No soy tampoco una detective de novela, valiente, arriesgada, decidida, corriendo en pos de peligrosos criminales... ¡Nada de eso! Soy de lo más vulgar...

—De lo más vulgar, que puede ganarse en pocos días la nada despreciable cantidad de veinticinco mil dólares.

La expresión de Magali demostró a las claras que «la nada despreciable cantidad» no hacía demasiada mella en su ánimo.

Anunció, en pregunta, con cierto matiz burlón:

—¿Tan arriesgadas son las secuencias que debe interpretar la doble de Bárbara?

—En absoluto —respondió la otra—. No hay excesivo riesgo... Yo diría que no existe el riesgo.

Enarcó las cejas Magali.

—Entonces..., cada vez comprendo menos el destino que nos ha hecho tropezar.

Fue Roberta quien soltó ahora la gran carcajada, atrayendo sobre sí la mirada de más de un solitario caballero que se humedeció los labios con la punta de, la lengua al comprobar que la mujer tan alegre tenía le suficiente para divertirse con ella hasta la consunción.

Eso, lo que Roberta adivinó en aquellas miraras de deseo, no le resultó desagradable.

Y se movió, intencionadamente, para que sus rotundidades se manifestaran con agobio.

Magali siguió sus movimientos frívolos sin hacer comentario alguno.

—Verás —habló al fin la actriz—, creo que he dado demasiados rodeos. Voy a exponerte el asunto con claridad.

—Eso espero desde hace rato. Te escucho.

—¿Otro cinzano?

—No, gracias. Prefiero escuchar la historia.

Roberta sacó una pitillera de oro, ofreciendo un cigarrillo a Magali.

Cuando ambas hubieron expulsado sendas bocanadas de humo, se explicó la actriz:

—Bárbara Majors, según mi marido, es una auténtica revelación. Yo, sería algo insólito que estuviese de acuerdo con Alf, opino que es la mujer más sofisticada, engreída, estúpida y peor actriz que he visto en mi vida.

—Pero a tu esposo le gusta, ¿no?

—Adivino la sutil intención que encierra tu pregunta. Seré sincera, Magali. A mi marido le gusta Bárbara como mujer. También le gusté yo cuando me conoció. No vaciló un instante en hacerme artista y casarse conmigo. Luego vinieron otras. Un director suele enamorarse de todas las actrices que lanza al estrellato. Vive un flirt y luego todo se olvida. Eso ocurre ahora. Yo lo sé perfectamente. Alf sabe que no lo ignoro. Bárbara frívola y fatua, está convencida de que él se divorciará para casarse con ella. Conozco demasiado bien a mi marido para estar segura de que eso no ocurrirá. Dentro de unos meses, Bárbara Majors caerá en el capítulo del olvido y otra ocupará su lugar —hizo una pausa, respiró profundamente, chupó la húmeda punta del cigarrillo y, tras expulsar una espesa nebulosa de azul humo, prosiguió—: Ya sé que

juzgarás muy poco digno mi papel de esposa, pero cuando una mujer se arriesga a casarse con un hombre como Alf Conrad, cuando se enamora de él debe estar dispuesto a soportar toda clase de bajezas y humillaciones, si quiere conservar al hombre que ama. Por eso, hasta ayudo a mi esposo, sin pensar lo que hace y sin reprocharle que me dé papeles sin importancia en sus películas, mientras una vez y otra se encapricha con las protagonistas estelares. ¿Quieres más ejemplo que el caso actual?

Magali respiró con fruición una bocanada de humo.

—Alf —murmuró— está preocupado por encontrarle un doble a su estrella... y tú, en lugar de hacer patentes tus celos interfiriendo en su labor, te prestas a colaborar, tropiezas casualmente con Magali Ocras y estás dispuesta a ofrecerle veinticinco mil dólares, cuando tu marido no me pagaría la cuarta parte por quitarle las preocupaciones a él. ¿He vuelto a decir bien?

Roberta sonrió con cierta tristeza.

—Dirás que no eres una detective de novela, Magali, pero demuestras tener una sagacidad poco común. Unas dotes intuitivas que no tienen ni los pesquisas de Spillane.

—Mickey Spillane es un gran escritor. He aprendido mucho leyendo sus novelas. Aunque nunca llegue a ser como los personajes de su ficción...

—Dejemos eso, Magali. La realidad es que te he encontrado. Sí, estás en lo cierto. Alf no te pagaría ni seis mil dólares por doblar a Bárbara en esas secuencias. Pero yo, con tal de ayudarle a conseguir que ese film se termine de rodar, tratando de contribuir al éxito de mi marido, no al de ella, estoy dispuesta a pagar de mi bolsillo los diecinueve mil restantes. Ya te he dicho que el destino... —su voz pareció debilitarse, dio la impresión de convertirse en una cuerda de la que sólo queda un hilo al deshilvanarse— nos ha reunido aquí. Yo suelo venir por costumbre. Por nostalgia, por un absurdo sentimentalismo. Aquí, como hoy tú y yo, nos conocimos con Alf. ¡Por favor, ayúdame!

Aquella inesperada explosión de súplica conmovió a la detective sin que ella pudiese evitarlo.

—¿A quién debo ayudar, Roberta? ¿A ti, a él..., a Bárbara?

—En realidad, a quien más ayudarás es a esa muñeca sofisticada. Pero, en el fondo, Alf será el beneficiado si tú accedes.

Para él, como para los escritores, sus obras son los hijos de su inteligencia, de su ingenio, de su capacidad intelectual y creativa. Que un imponderable destroce una de sus obras cuando ya están comenzadas... es algo así como la maternidad frustrada de una mujer que ansíe por encima de todo ser madre. ¿Puedes comprender, Magali?

La detective, clavando sus ojos negros en el extremo ardiente del cigarrillo, permaneció unos minutos pensativa.

Con el atisbo de una sonrisa, dijo seguidamente:

—Creo que por razones de profesión me he acostumbrado a comprender cosas muy incomprensibles. No sé con exactitud lo que se hace al amar, porque nunca he sentido el amor, pero escuchándote a ti..., no dejo de comprender que debe ser algo maravilloso sacrificarse con la abnegación que lo haces. ¿Tanto le quieres, Roberta?

Una sombra de nostalgia se deslizó por la mirada de la actriz. Musitó, con apagada vehemencia:

—Lo es todo para mí, Magali. La vida, el amor, la esperanza, la ilusión...

Magali aplastó en el cenicero la colilla de su cigarrillo.

—Bueno —anunció—, como ese guasón que me ha llamado por teléfono... hay más de uno que se dedica a recorrer el listín telefónico hoja por hoja, en busca de una «víctima» de sus chanzas..., debe estar riéndose a mandíbula batiente al pensar que estoy aquí aguardándole...

—Sin pensar que ha sido un instrumento del destino para que tú y yo nos conociéramos, y para que yo, principalmente, encontrara a mi ángel salvador. ¡De veras, Magali! Hasta me parece imposible tanta casualidad. Tu parecido físico con Bárbara es asombroso. Pero no termina todo aquí. Resulta que en la película que se está rodando, ella encarna el papel de una detective privado...

Ahora fue Magali quien no pudo evitar la exclamación:

—¡Parece imposible! Una detective privado, precisamente...

Roberta, con alegría y nerviosismo, consultó su reloj.

—No te he preguntado si aceptas... Pero creo...

—Crees que acepto y estás en lo cierto —sonrió, agregando—: Además, ¿supones acaso que voy a desperdiciar deportivamente la oportunidad de ser actriz y encarnar en la pantalla, aun como doble,

mi verdadera profesión?

La sonrisa agradecida que vio en labios de su interlocutora era emocionada, sincera, noble y hasta emotiva.

—Gracias, Magali. Debo bendecir al destino... y a ti, por ser tan buena.

—No seré tan buena cuando accedo a cobrar veinticinco mil dólares.

—¡Por favor, Magali! —Pareció ofenderse Roberta—. Hubiera estado dispuesta a pagar cincuenta mil. ¡Ah! Puesto que hablamos de esto, no menciones cifras delante de mi marido. Finge conformarte muy satisfecha con lo que él te ofrezca.

—No sufras, Roberta. Empezaré a ser actriz en cuanto esté frente a tu esposo.

Se puso en pie la otra.

—Vamos, pues, estoy deseando que le conozcas...

—Estás deseando librarle de sus preocupaciones, querida. ¿No es cierto?

Roberta sonrió, feliz ahora.

—No hay forma de sorprenderte con una mentirijilla, ¿eh?

A dúo rieron con ganas.

Para que más de uno se mordiera las uñas viendo las abiertas sonrisas de aquel par de atractivas mujeres.

Magali no permitió que su compañera abonara la consumición.

Salieron del local seguidas de miradas, guiños, frases agradables y otras bastante repulsivas.

Hasta hubo uno que trató de estirar la zarpa.

Pero fue evitado a tiempo.

—¿Está completamente seguro de lo que dice, Kurt?

El hombre de mediana edad, cabellos negros muy ensortijados, ojos grises de mirada mortecina y expresión temerosa, asintió repetidas veces con rotundos cabezazos.

—Completamente seguro, Ben. ¿Me hubiera arriesgado caso de tener alguna duda, a ponerme en contacto con el FBI?

Ben Saunders, de unos veintiocho años de edad, rubio, de cabellos desordenados, facciones correctas, alto, y musculoso, con aspecto de gimnasta consumado, admitió en silencio las razones del otro.

Entrecerró los párpados ocultando, el azulado de sus claras

pupilas.

—¿Y si sospechan algo?

Negó, también con la cabeza.

—Muy difícil. El propio Alf Conrad hubiese sido incapaz de encontrar un hombre que se pareciese lo que usted a Jack York. He podido convencerme de que el FBI es un organismo de extraordinarios recursos.

Sonrió el agente federal.

—No olvide que ha sido una casualidad el encontrar a la persona que se necesita para este trabajo.

Kurt Hayes rechazó con un ademán.

—El inspector-jefe de la División del Federal Bureau of Investigation en Miami, me aseguró que si en los ficheros de Washington no existía la foto de un hombre que se pareciese a Jack York..., lo «fabricarían». Me dijo que los laboratorios del FBI eran capaces de hacer casi milagros.

Ben Saunders se encogió de hombros.

—Yo no lo llamaría milagros, no. Pero sí puedo citar el caso en que uno de mis compañeros tuvo que someterse en una operación de cirugía plástica para iniciar con éxito una delicada misión. Al principio... —sonrió el agente—, su esposa se opuso enérgicamente. Ella estaba enamorada de un rostro... ¡Ah!, le aseguraron que se lo dejarían mucho más atractivo. Sólo se conformó cuando le dijeron que, una vez terminado el asunto, le devolverían a su marido el rostro que ella estaba enamorada. Desgraciadamente, lo enterraron con su nueva faz...

El otro no pareció impresionarse demasiado.

—Lamentable, sí —dijo—. Pero son gajes del oficio, ¿no?

—Morir por un ideal que se siente y defiende honestamente, amigo Kurt, no son gajes del oficio. Es un precio alto, pero grato, que se paga gustosamente, diría que orgullosamente.

Una oscura sonrisa apareció en los finos labios de Kurt Hayes.

—Muy digno, pero no me convence. Yo le tengo excesivo aprecio a la pelleja para pretender morir orgullosamente. Me moriré con mucha rabia, se lo aseguro.

Ben Saunders, agente especial del FBI, no hizo comentario alguno.

El, lo mismo que su compañero operado de plástica, que otros

muchos, habían recibido unas enseñanzas, instrucciones, una doctrina, que para muchos resultaba absurda y estúpida.

En primer lugar, se necesitaba una vocación y convicción, de la que la mayoría estaban exentos.

Preguntó de súbito:

—¿Por qué hace eso entonces, amigo Kurt? De acuerdo con sus principios, el arriesgar la vida no es para usted dogma de fe.

—Ni lo será nunca —repuso el hombre con cierta contundencia—. Precisamente por eso me he dirigido al FBI.

—No es una explicación que convenza.

Kurt Hayes extendió la palma de su mano en elocuente ademán, que muy bien podía interpretarse así: «Calma, muchacho, calma. No se precipite. Es usted un federal... pero muy joven. Carece de experiencia... De experiencia en la vida».

Seguidamente, sustituyendo los ademanes de mayor o menor expresión por palabras, dijo con aire interrogante:

—¿Quiere escuchar una breve historia?

—Por supuesto —asintió el agente.

Kurt se mesó los ensortijados cabellos.

—En realidad —anunció—, la historia es larga. Pero resumiéndola, dejando el extracto de lo que importa verdaderamente, se hace comprensible. Yo... —cerró los ojos como si así le resultase más fácil avanzar en su pasado en busca de recuerdos. Y al proseguir, pareció que su voz era frágil, tenue, llena de queda nostalgia. Dijo—: Yo pude ser alguien en el mundo del cine, Saunders. Pero cometí un error del que raras veces se escapa un hombre. Amé. Mucho. Por encima de todo. Olvidándome de mí mismo. Quise con locura a una mujer que no lo merecía..., que sólo merecía desprecio. Pero era tan hermosa, tan dulce y cándida, y débil en apariencia..., que me arrastré a sus pies implorando amor como un mendigo pide un pedazo de pan duro. Me casé con ella, amigo. Y me destruyó, me hizo pedazos, me convirtió en un muñeco... ¡Me obligó a matar!

Se interrumpió, quebrada su voz por completo.

Ben Saunders, que escuchaba atentamente el relato y observaba con mayor atención todavía la expresiva vehemencia que ahora iluminaba las oscurecidas pupilas del hombre, nada dijo en espera de que reanudase sus explicaciones.

Y prosiguió, tras limpiarse unas brillantes gotitas de agua que perlaban su arrugada frente.

—Tenía un amante. Hombre déspota, cruel, dominante. Para ella era como una droga. Yo... llegué a saberlo. Pero por temor a que la apartara de mí... no vacilé en hundirme en el lodo más degradante que puede ensuciar a un hombre. Era el productor de todas las películas de ella. Y a mí, con asco, mirándome siempre con una sonrisa de desprecio, me concedía papeles sin importancia. Todo para martirizarme, para que estuviese cerca de aquellas escenas en que Maida, con su belleza explosiva, debía entregarse en brazos de los galanes. También ella se complacía, en torturarme. Más de una vez me pregunté por qué había accedido él a que ella se casara conmigo. Tarde y desgraciadamente lo supe. La noche en que sorprendí a Maida en brazos de un tipo llamado William Drury. Aquello no era la escena de ninguna película..., era la realidad del film de mi baja rodado en el dormitorio de mi propio domicilio. Lo maté, amigo, lo maté. Creo que fueron seis o siete las veces que oprimí el gatillo de mi pistola.

Otra pausa fugaz, jadeante, fatigosa, para darse un respiro.

—Me consiguieron un buen abogado, sí —prosiguió tras unos segundos—. Lo que no fue óbice para que me condenaran a dos años de prisión. Al salir..., Kurt Hayes ya no era el mismo. Jamás supe de Maida ni de él. Bebí, bebí, bebí..., hasta convertirme en un alcohólico sin remedio. Un día tropecé con alguien que me explicó la verdad. Estaba muy borracho para comprenderlo en aquel momento. Pero luego, aunque dicen que uno no se acuerda de lo que le cuentan cuando está bebido, recordé. Noche y día. El hombre a quien yo había matado en un arrebató pasional conocía un terrible secreto del pasado del amante de Maida. Por eso ella lo atrajo, lo provocó y preparó deliberadamente sus femeninas artimañas en espera de mi reacción. ¡Me volví loco! Empecé a odiar. Al mundo. A Maida. A él. Cometí un atraco para proporcionarme el dinero que necesitaba. De nuevo fui a la cárcel. Pero el producto del robo estaba bien oculto y por más que me..., que me torturaron, no consiguieron arrancarme una palabra. Cuando regresé a la libertad, no cometí el error de correr en busca del dinero. Había aprendido a esperar. Y esperé muchos años. Luego, con cautela, recogí el dinero. ¿Sabe para qué quería esos billetes, Ben?

El federal, tras un suspiro, repuso:

—Para buscar a Maida y a ese hombre. Para matarlos a los dos y terminar definitivamente en la silla eléctrica.

—¡Exacto! —estalló Kurt, dominado por sus dormidos sentimientos—. Pero nunca di con ellos. Jamás. Y renuncié a mi venganza. Renuncié a todo. Me daba igual blanco que negro. En aquella época, tampoco a mí me importaba morir. Pero el tiempo es un sedante que cierra, por lo meaos en apariencia, las más profundas heridas. Me costó dolorosísimos esfuerzos rehabilitarme, pero lo conseguí. ¿Qué hacer? Era un mal actor, lo sé. Pero sólo en el cine podía ganar unos billetes honradamente. Fui de Herodes a Pilatos hasta que me contrató la Production Films

Denwer & C.⁹

Ltd. Papeles de extra, sí..., pero ¿qué otra cosa podía pedir yo? Me acostumbré a eso, Ben. Y, es más, me acostumbré a vivir. Le empecé a temer a la muerte que tanto había deseado. Por eso, por todo eso, cuando Alf Conrad llegó como director a la productora... no tuve valor para matarlo.

Ben Saunders desorbitó sus azules ojos.

—¿Para matarlo? —repitió.

Triste, abatido, hundido, desmoralizado, Kurt Hayes bajó la cabeza lentamente.

—Sí... —musitó ahogado—, no tuve valor para matarlo. Alf Conrad, con su barba gris, con su perilla, con sus gafas oscuras, con quince años más en las espaldas no había dejado de ser para mí James Hall. ¡El amante de Maida!

El agente del FBI dominando su sorpresa, dijo en tono reposado:

—Usted no habló de eso cuando acudió al Departamento Federal.

—¿Y acaso podía hacerlo? ¿Desde cuándo el FBI se ocupa de los problemas sentimentales de cualquier ciudadano? Algo en mi interior me dijo que quien ahora se hacía llamar Alf Conrad, seguía siendo el canalla de entonces. Que como siempre, algo sucio y turbio debía tejerse a su alrededor. Investigué, averigüé, husmeé, anduve por todos los rincones como un perro de presa. El, apenas se había fijado en el extra que intervenía en las películas para salir un par de veces en cada una de ellas. El, sí que no había reconocido en mí al Roger Wendkos —hoy Kurt Hayes— que un día hundió en la

ignominia. Pero la idea de que nuestro encuentro tenía que obedecer a una imperiosa justicia del destino me animó a seguir investigando hasta que descubrí la verdad. Entonces, porque no deseo morir, porque no deseo volver a la cárcel, decidí acudir a la oficina federal. El FBI no podía remediar la injusticia que se cometió conmigo, no podía castigar sin pruebas al autor de mis tribulaciones... Pero sí podía intervenir en un ilícito negocio de tráfico de estupefacientes. ¡Podía destruir la operación de drogas más fabulosas de la historia!

De nuevo un silencio.

—Ahora, amigo Ben Saunders, ya sabe por qué acudí al organismo en cuyas filas usted milita.

Ambos, por espacio de largos minutos, parecieron sumirse en sus propias meditaciones.

El hombre del FBI preguntó de repente:

—¿No ha vuelto a saber nada de Maida?

Rose Wendkos —hoy Kurt Hayes— miró al agente inexpresivamente. Contestó, fijos los ojos en un punto indefinido, con voz ausente:

—Nunca.

Ben Saunders, dando un brusco giro a la conversación, dijo:

—No es que su historia me deje indiferente. Como hombre y ser humano, trato de imaginar lo mucho que usted ha padecido. Y lo lamento. Alguien me dijo una vez que la vida era un doctorado de injusticias... y muchas de ellas irremediables. Pero, como agente federal, estoy aquí por otro motivo. Sí, es posible que indirectamente sirva de artífice y ejecutor a su venganza, Kurt. A esa venganza a la que nunca ha renunciado, pese a los años transcurridos, pese a haberse acostumbrado a vivir, pese a temer a la cárcel y la muerte. En fin, dejemos eso ahora. Hábleme de la película... de esa operación gigante de estupefacientes.

Kurt pareció volver a la realidad.

—Creo —anunció— que es por ahí por dónde debí haber empezado. No narrando la historia de mi humana miseria. Bueno... la cinta lleva por título «Contrabando mortal». Sólo eso le dará una idea de la sagacidad desplegada en el planteamiento de este golpe audaz. El argumento gira en torno de una ficticia operación de contrabando que es lo que en realidad va a efectuarse. La

protagonista, una inexperta muchacha que apenas cuenta dieciocho años, que nada tiene de actriz, pero sí de exuberante mujer, encarna el papel de una detective privado que, por encargo de una cliente, debe seguir los pasos del marido de aquélla que pretexta frecuentes Viajes de negocios a Jamaica. La cliente no es más que una cómplice de Bárbara Majors, en la cinta, Norma. Sidney, detective privado, la investigadora que así justifica su viaje a Jamaica, siguiendo a un infiel esposo imaginario, a bordo de una lancha de alquiler ya que, el marido, realiza los ficticios viajes a la isla en un pequeño yate de su propiedad. Norma, al regreso de Jamaica, siempre fingiendo seguir al esposo adúltero, trae su lancha repleta de drogas. Un cargamento por valor de millón y medio de dólares. Un agente del FBI, que a través de un confidente ha tenido noticias de la maniobra de Norma, la sigue en otra lancha abordándola antes de que ella consiga llegar a las costas de Miami.

Sonrió el federal tenuemente.

—Y en realidad, Bárbara Majors, es de suponer que inconscientemente, regresa con la lancha atiborrada de drogas. ¿Es así?

La rotunda negativa expresada con dos secos cabezazos por Kurt Hayes, dejó sorprendido al federal.

—No. No es así.

Saunders se rascó la nuca luego de mesarse sus desordenados cabellos rubios.

—¿Qué no es así? —inquirió con genuino asombro.

—Está en lo cierto al afirmar que Bárbara es ajena a los manejos de Alf. En realidad, ella no rodará esa escena. Como en el caso de Jack York, se le está buscando una doble con el mayor parecido físico que sea posible. Esa chica, ya se lo he dicho, carece de experiencia. Se defiende en las escenas románticas, se desenvuelve como mujer ingenua, pero perversamente provocativa, sabe exhibir con picardía su belleza corporal... pero es nula en las escenas de acción. Lo mismo que Jack. Tiene miedo a que se le deshaga la onda. O sea, que Alf Conrad no busca una pareja de dobles por nada que se relacione con los verdaderos intereses de su operación, sino porque trata de darle realismo a la película. Eso contribuye en mucho a que nadie pueda imaginar ni remotamente que lo que es un argumento cinematográfico espectacular, vaya a convertirse en

un Teal argumento de tráfico de drogas.

Saunders, con cierta impaciencia, preguntó:

—¡Pero bueno...! ¿Dónde diablos irá oculto el alijo de drogas?

—Sencillamente, en las lanchas de la policía que, durante el rodaje, surgen en apoyo del agente federal cuando éste aborda la nave tripulada por la detective. Es el único cambio introducido con respecto al argumento ficticio y con relación al verdadero. Además, amiga Ben, por si no lo sabe, le diré que se ha pedido, como se hace en muchas películas, la colaboración de las fuerzas que patrullan por la costa para la represión del contrabando.

—¡Cómo! —estalló el agente del FBI—. ¿Insinúa, acaso que los estupefacientes viajarán en las propias lanchas de la policía?

—¡Ajá! —afirmó el otro.

—¡Es imposible! —siguió sorprendiéndose Ben Saunders.

Kurt, con triste sonrisa, anunció:

—Totalmente posible, mi amigo. Serán dos las lanchas que viajen a Jamaica. Una vez allí, el director de la película hará que todo el personal que las tripula baje a tierra para darles unas explicaciones de cómo deben actuar. Como en verdad son policías, a más de uno se le harán realizar pruebas... digamos artísticas. Un cepo estupendo. Los agentes de la ley no dejan de ser seres humanos. Eso les agraderá, le s distraerá y no dejará de ilusionarles el hecho de salir en una película. Entretanto, esas lanchas serán sustituidas por otras dos exactamente iguales. Con la diferencia de que llevarán a bordo el alijo de drogas. Dígame, Ben, ¿sospecharán los encargados de reprimir el contrabando que son ellos precisamente los infractores... los autores del delito que con más saña combaten? No. Ni ellos, ni nadie. Luego, una vez en Miami, exactamente en Cayo Sable, donde se llegará al anochecer, los agentes de la represión serán invitados a abandonar las lanchas para rodar en tierra una secuencia final.

—Tiempo que se aprovechará para descargar el alijo —concluyó Ben.

—Ahora sí que ha dado usted en el clavo.

Saunders, impresionado a su pesar por el perfecto planeamiento de aquella operación sin igual en la historia del tráfico de estupefacientes, inquirió:

—¿Cuál será mi actuación como doble de Jack York?

—Nuestra... —corrigió el veterano actor—, nuestra actuación, Ben. Porque yo seré su ayudante. Y ambos abordaremos la lancha tripulada por la doble de Bárbara. Pero ella, que es una mujer de recursos, una detective decidida, de pocos escrúpulos, nos «liquida» a los dos y ambos caemos al mar. Una barca nos recoge luego, mientras las cámaras filman la secuencia en que intervienen las lanchas de la represión, dando el alto y destruyendo la que pilota esa perversa detective. ¿Qué le pareció el argumento, Saunders?

Instintivamente, el federal exclamó:

—¡Extraordinario! Un prodigio de audacia y habilidad. Pero... ¿está seguro de que es Alf Conrad el cerebro rector de ese proyecto?

—Sin duda.

Ben Saunders frunció el entrecejo.

—Kurt... —musitó—, ¿cómo ha podido enterarse tan detalladamente de los proyectos de Conrad?

El aludido sonrió enigmático.

—Es un derecho que me reservo, amigo Ben. Los medios de que me he servido poco importan. He puesto en conocimiento de ustedes lo que Conrad se propone hacer. Facilito a un verdadero agente del FBI, el acceso a doblar al protagonista Jack York, que ficticiamente desempeña ese papel. Ahora de usted depende el éxito o fracaso. Uno u otro, los consideraré míos. Y con el primero, si es usted lo inteligente que adivino y consigue triunfar, habré consumado la venganza que ya consideraba poco menos que imposible.

Saunders renunció a insistir acerca de los medios de información de que Kurt Hayes se había servido.

Limitóse a preguntar:

—¿Cuándo entraré en contacto con Alf Conrad?

—Mañana mismo. Pero no se haga ilusiones. Hasta que no encuentren una doble para Bárbara no se rodarán esas secuencias finales.

De nuevo surgió el policía que Saunders llevaba arraigado en su interior, iniciando el interrogatorio así:

—¿Tiene completa seguridad en que el que ahora se hace llamar Alf Conrad no le ha reconocido?

—Absoluta.

—¿Y por qué usted a él sí?

—Deberla imaginarlo, Saunders. He vivido largos años obsesionado con la idea de vengarme. ¿Cree que iba a olvidar el rostro de James Hall, del hombre que arruinó mi vida? No. Cuando uno ansia algo, lo ve hasta en sueños. A veces en realidades que no son más que falsos espejismos. Pero en mi caso, no es espejismo. Alf Conrad, pese a su barba, perilla y sus gafas ahumadas, es James Hall. Sus gestos, sus palabras, su aire despótico... eso no ha cambiado. Sin embargo, yo sí he cambiado. Soy una ruina comparado con el Roger Wendkos que él conoció. Dos veces en la cárcel, hundido entre mares de alcohol un día tras otro... Voy a mostrarle una foto de Roger Wendkos.

Se dirigió a un destartelado armario del reducido cuarto de aquel fonducho que era su hogar, abriéndolo y tirando de uno de los cajones.

Sacó de aquél un par de carpetas descoloridas, rotas incluso las gomas elásticas que un día sirvieran para cerrarlas, y de una de ellas un grupo de tres fotografías.

Las puso sobre la mesa bajo los ojos del agente federal.

—¡Aquí tiene a Roger Wendkos!

Saunders, de no verlo, hubiese negado que pudiera ser cierto.

—El único parecido que existe entre el de las fotos y yo —siguió el actor—, es el cabello. Pero esta clase de cabello la tienen cientos de hombres. ¿Cree que Alf Conrad ha podido reconocerme?

El del FBI negó, despacio, moviendo la cabeza de derecha a izquierda.

—Es prácticamente imposible que nadie pueda relacionar a Roger Wendkos con Kurt Hayes.

—Me alegra que haya llegado usted a ese convencimiento por sí mismo.

—No —sonrió el federal—. Por mí mismo, no. Evidencias cantan. Luego de ver la fotografía huelga cualquier comentario.

—Ya sabe ahora por qué yo estaba tan seguro.

—Háblame del actual Alf Conrad —le atajó Saunders.

—Poco sé de su presente. Sólo que está casado con una mujer a la que aventaja bastante en edad. Roberta Hedison. Por lo visto, él la proyectó al estrellato. Luego se casó con ella. Le da papeles de relativa importancia en sus películas. Ahora, no hace falta ser un lince, asedia a Bárbara Majors a todas horas. Y ella parece muy

complacida. Se ven en un «*bungalow*» que el propio Conrad le ha instalado en Cayo Azul. Es dónde nos reuniremos mañana, precisamente, cuántos intervenimos en el rodaje de la cinta. Habrá orgía por todo lo alto. Yo... ya sé lo que es eso. Pero usted no lo pasará del todo mal. Es más... le aconsejo que lo pase del todo bien. Si dan pronto con la doble para Bárbara, el rodaje de las escenas finales... y emocionantes, será inminente.

—¿Con qué nombre me presentará, Kurt?

—Don Golden. Diremos que ha estado a punto de trabajar en un par de ocasiones para el cine, pero que no ha tenido suerte. El resto corre de su parte. Creo que ustedes los federales deben tener un poco... o quizá un mucho de actores en agraz.

Saunders se encogió de hombros.

—Es posible. Pero no esperaba tener oportunidad de demostrarlo ante cámaras de verdad.

—Y con argumentos muy reales, amigo Ben.

—Excesivamente reales, amigo Kurt. ¿A qué hora le paso a recoger mañana?

—Las nueve de la noche será buena hora, agente.

—Correcto. Nos veremos.

Con la mirada se desearon mutua suerte.

CAPÍTULO PRIMERO

No lo comprendió.

Ahora, al verlo, se hacía muy difícil entender que una mujer como Roberta Hedison estuviese enamorada de un hombre como Alf Conrad.

No.

No podía precisar con exactitud la edad de ella, pero bien se le establecía una edad media entre los veintidós y los veintisiete.

El frisaba los cincuenta.

Si es que no los había dejado atrás.

Magali Ocraz lo estudió detenida y disimuladamente.

La barba y perilla, muy existencialistas y propia de un director cinematográfico, le daban un aspecto en cierto modo huraño, repulsivo si se quiere.

Los ojos, protegidos tras unos cristales oscuros montados en oro y pasta negra, escondían por completo su color.

Y su mirar.

Que se intuía inquisitivo.

Fijo.

Enigmático.

Vestía con elegancia.

Con esa elegancia por la que, intencionadamente, atisbaba la chabacanería.

Su forma de moverse denotaba seguridad en sí mismo y un patente desprecio hacia los demás.

Hacia los que consideraba inferiores.

Sin importancia.

Algo así como insectos, cucarachas.

Marionetas.

Moviendo manos superiores como las suyas los hilos que les hacían vivir una existencia trágica.

Como la de Roberta Hedison.

No.

Mil veces en un segundo, Magali se repitió que resultaba inconcebible que una mujer joven, hermosa, atractiva, por la que hombres de su edad hubiesen dado la vida, estuviera fervientemente enamorada de Alf Conrad.

Hasta su voz, áspera, metálica, sin matices ni inflexiones, sonaba desagradable aun tratando de demostrar lo contrario.

—Querida... —musitó desde el otro lado de la ancha mesa, fijando sus ojos en Magali sin que ésta pudiese darse cuenta—, has hecho un descubrimiento extraordinario. Es, por lo menos su rostro, una copia casi exacta de Bárbara Majors.

Roberta sonrió.

Y rodeando la mesa, se apoyó en la silla que él ocupaba, dándole un beso en la frente.

—Lo mismo le he dicho a Magali. Creo que es justamente lo que andábamos buscando. Y, además, para colmo de casualidades, detective privado. El papel que Bárbara encarna, y el que ella doblará... si acepta las condiciones económicas, claro.

Alf Conrad, carraspeó.

Se encaró con la muchacha, diciendo:

—¿Qué cantidad desea percibir por doblar a nuestra estrella en esas secuencias?

Magali buscó con sus ojos negros, inútilmente, los que se escondían tras el ahumado cristal.

Esbozó luego una ingenua sonrisa con sus labios carnosos, antes de responder:

—Señor Conrad, es la primera vez en mi vida que me hacen una proposición semejante. Si usted se hubiese presentado en mi despacho como cliente, encargándome cualquier investigación, inmediatamente le hubiera enterado de mis honorarios. En este caso, es distinto. No conozco el mundo del cine. Estoy completamente desconectada. Pero fió en su honradez. Usted mejor que nadie sabrá en cuánto se puede valorar mi trabajo traducido en guarismos.

Inclinó la cabeza de rapados cabellos grises, diciendo con énfasis:

—En primer lugar, debo advertirle, ya que el hecho de buscar un

doble para actuar en el puesto de una actriz parece hacer suponer que las escenas a filmar entrañan cierto riesgo, que no es así. No existe peligro alguno en el rodaje de esas secuencias. Se trata, simplemente, de que la señorita Majors, por su extraordinaria sensibilidad, no se adapta a plena satisfacción a esos pasajes que requieren cierta violencia... digamos un exceso de brusquedad. Usted, Magali, ya no por su parecido, sino por su profesión, me parece la persona ideal para doblar a la señorita Bárbara. Le repito, que su trabajo estará exento de todo riesgo. Y como, además, su actuación no será excesiva, creo que seis mil dólares cubrirán con largueza el trabajo por usted a desarrollar. Puedo asegurarle que la cifra es casi exorbitante... pero tratándose de que Roberta ya...

—¡Oh! —exclamó Magali, empezando a demostrar que reunía buenas dotes artísticas—. ¡Me parece maravilloso! Es mucho más de lo que gano en un mes de trabajo.

—Contando con que tenga trabajo todo el mes —añadió él con cierto desprecio—, ¿no es así?

—En efecto, señor Conrad. Estoy encantada de poder serle útil.

Se acarició la perilla, para soltar con cierto despotismo:

—Verdaderamente, más de cien muchachas pagarían por intervenir en una película... máxime dirigida por mí, pero no todas tienen la suerte de parecerse a Bárbara.

Roberta Hedison seguía apoyada en la silla donde se encontraba sentado su marido, sin intervenir en la conversación.

Alf Conrad pulsó una de las palancas del interfono que tenía sobre la mesa, ordenando autoritario:

—¡Norma! Localice inmediatamente a la señorita Bárbara Majors. Que se presente en mi despacho.

Una voz surgió del aparato, respondiendo con evidente diligencia:

—Al momento, señor Conrad.

—¡Qué sea en verdad un momento! Ya sabe que no me gusta esperar.

Y de un brusco manotazo cerró el interfono.

—Mañana —anunció dirigiéndose a Magali— nos reuniremos, productores asociados, actores, extras, cámaras... en fin, todos los que intervenimos en el rodaje de esta cinta en un espléndido «*bungalow*» que la señorita Majors posee en Cayo Azul. Usted

también asistirá a la velada. ¿Tiene coche o ordenó que pasen a recogerla?

Magali sonrió tímidamente.

—Tengo un pequeño auto. Creo que servirá para llegar hasta allí.

En aquel punto, se abrió la puerta del despacho.

Con libertad. Con entera confianza.

—¿Me llamabas, Alf?

Era insolente aquel intencionado tuteo de la recién llegada en presencia de Roberta Hedison.

Desde luego, un producto de la nueva generación.

Mixtificada, sofisticada, estudiada...

Voluptuosa al moverse. Incitante al caminar. Desafiante su mirada.

Sí, su parecido con Magali Ocraz, o el de ésta con ella, era sorprendente.

Pero sólo en el rostro.

Bárbara Majors poseía un cuerpo ofensivo. Todas las curvas se manifestaban con crudeza, con marcada perversión.

Desde sus senos altivos que atisbaban frenéticos por el agudo escote, hasta sus piernas torneadas que descubría por encima de la rodilla, pasando por una cintura breve que el vestido oprimía con violencia para destacar unas caderas redondas, ondulantes, categóricas, expeditivas al andar por su rotación obsesiva, latente, estudiada y provocadora.

Se acercó al hombre pasando muy cerca de Roberta, a la que dirigió una insultante mirada.

Se puso al otro lado.

—¿Para qué me necesitas, querido?

Magali sintióse como nunca, violenta.

—Ella es Magali Ocraz. Tu doble en las secuencias de la lancha. ¿Te parece bien?

La miró, con un rictus displicente en sus labios golosos.

—Parece una mosquita muerta. ¿Te parece bien a ti?

—Es de profesión detective privado. Creo que servirá.

—Si tú lo crees...

—Magali —intervino Roberta, en abierto afán por suavizar la tirantez reinante—, ¿tienes algún asunto que solventar antes de

dedicarte a lo nuestro?

Negó la aludida.

—No. Como muy bien ha dicho tu esposo, hay meses que tengo poco trabajo. Éste es uno de ellos. Estoy a vuestra disposición.

—Alf —habló Bárbara mirando a Roberta con una sonrisa despectiva y perversa al mismo tiempo—, ¿ya tienes doble para ese estúpido de Jack York?

Hizo una media negativa.

—Todavía no... pero es posible que no tarde en tenerlo. Hace poco me ha llamado por teléfono un tipo... uno de los extras. Creo que se llama Kurt Hayes. Asegura conocer un individuo que tiene mucho parecido con York. Mañana lo traerá a la reunión. Ya veremos qué tal es. Si vale... seguiremos inmediatamente con el rodaje.

Magali se puso en pie.

—¿Me necesita para algo más, señor Conrad?

—No por el momento. Ya sabe lo que hay mañana.

—De acuerdo. Seré puntual.

—Así lo espero.

Ni se molestó en tenderle la mano ni hizo tampoco gesto alguno de acompañarla hasta la puerta.

Fue Roberta quien caminó junto a la detective hasta el pasillo que comenzaba al otro lado del despacho.

—Ya lo ves —musitó—. ¿Qué opinas?

La otra no supo qué responder.

—Pues...

—Sí, ya puedes decirlo con claridad. Me compadeces.

—Yo no...

—Es inútil, Magali. Yo soy la primera en compadecerme. ¿Sabes lo que está ocurriendo ahora en el despacho?

Arqueó las cejas la detective.

—No soy adivina, Roberta.

—Yo sí. Se están besando hasta quedar sin aliento.

¿Qué tenía aquel hombre para que todas las mujeres suspiraran por él con tal vehemencia?

Como si adivinara la pregunta que Magali se estaba formulando interiormente, Roberta respondió:

—Nada. No tiene nada. Pero hay algo poderoso en su

personalidad que anula la de los demás... y llega a convertirte en su esclava. Adiós, Magali. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Y caminó por el pasillo pensando en el destino. En el hombre de la barba y las gafas oscuras.

En Roberta Hedison.

¿Por qué había decidido ayudarla?

Nunca podría contestar con exactitud a la pregunta.

Hay cosas en la vida que se hacen sin saber por qué.

CAPÍTULO II

Se despertó con la agobiante sensación de que había dejado de estar solo en la estancia.

Apartó las sábanas que cubrían su cabeza.

Trató de penetrar con sus oídos en el silencio de la habitación, y con los ojos en la oscuridad.

¡Bah!

Estaba nervioso, eso era todo.

Quizá habría tenido alguna pesadilla y ello era el motivo de que se hubiese despertado ligeramente sobresaltado.

Dio media vuelta arrebuajándose de nuevo entre las sábanas.

De inmediato, un siseo igual al que había alterado su sueño, le hizo convulsionarse.

¿Qué había sido?

Se destapó del todo y saltó de la cama.

Calzó las babuchas y se dirigió al otro extremo de la estancia, tanteando, para no tropezar con algún mueble, forzando los ojos, maldiciendo por lo bajo la falta de un conmutador cerca de la cama.

—¡Asqueroso fonducho! —masculló.

Encendió la luz.

Giró sobre los talones.

Primero, sus soñolientas pupilas se tropezaron con el negro cañón de la automática.

Con el siniestro silenciador.

—¿Qué haces aquí? —inquirió con voz trémula.

Una feroz sonrisa curvó los labios de la persona que lo estaba contemplando en silencio.

Y dijo una voz fría, ominosa, de letal inflexión:

—Hablas demasiado, Kurt Hayes. Sigues teniendo los mismos defectos que cuando eras Roger Wendkos.

Instintivamente, el hombre dio un paso atrás.

—Pero... —tartamudeó—, ¿qué te ocurre ahora? He hecho todo lo que me dijiste, ¿no?

Una risita seca, sardónica.

—Sí, Kurt. Todo lo que te dije. Pero hablando en exceso. Contando demasiadas historias. ¿Qué le has explicado al federal?

Kurt Hayes estaba pálido, desencajado, tembloroso.

—¿Qué iba a contarle? —preguntó a su vez, con voz exenta de convicción—. Lo que ya le conté al inspector-jefe de la División Federal de Miami. Me ha hecho preguntas relacionadas con la operación que Alf planea.

—Y de tu vida, Kurt. ¿No le has contado nada de la vida de Roger Wendkos?

—No...

Se crisparon los dedos que sostenían la automática.

—¡Imbécil!

Oscurecieron peligrosamente unos ojos negros.

—Yo...

—¡Estúpido!

—Te juro que...

Se contrajeron unos músculos faciales hasta componer una mueca sádica, una máscara diabólica.

—No me jures nada, mujerzuela cobarde. No me fiaba de ti. Nunca me he fiado de los tipos como tú, Kurt. Por eso instalé un magnetofón oculto... y tengo registrada la conversación que has sostenido con Ben Saunders. Tenías que hablarle solamente del asunto de las drogas. La historia de tus desgracias ha estado de más. Esa gente del FBI tiene la fea costumbre de pensar... atan cabos, dan importancia a lo que no lo tiene, recuerdan palabras, frases... y llegan a descubrir planes perfectos por causa de imbéciles como tú.

—¡No! Él no puede imaginar...

—¿Qué sabes tú lo que ese hombre puede imaginar? ¿Qué supones qué es el FBI? Son profesionales, Kurt. Gente acostumbrada a construir castillos con dos pedazos de piedra. Para hacerlos instrumentos de un proyecto bien planeado no hay que cometer un solo error. Tú... lo has cometido. Has hablado lo que no debías. El, ese agente, barajará en su pensamiento cada una de tus palabras... y eso puede llevarlo muy lejos. Excesivamente lejos. Se trata de hundir a Conrad... no de hundirnos nosotros. Pero tú, Kurt Hayes,

te has hundido ya...

Se alzó lentamente el cañón de la automática.

—¡No...! ¡No me mates!

El dedo se fue curvando milímetro a milímetro. Disminuyendo la distancia que lo separaba del gatillo.

—¡Nooo!

Entonces...

Sonaron dos taponazos.

—Me has mata...

Tenía los ojos muy abiertos. Desorbitados.

Negándose a creer que aquello fuera verdad.

No.

Él no podía morir... le tenía mucho miedo a la muerte.

Con dedos trémulos se palpó las dos sangrantes rosas que habían florecido en su pecho.

Una bocanada de viscoso líquido rojizo ahogó su postrer suspiro.

Despacio primero, veloz luego, se desplomó de bruces en tierra sobre el estigio siniestro que su propia sangre le preparaba como sudario.

Ya había pasado el miedo.

La muerte no se teme a sí misma.

En aquel instante se abrió la puerta y penetraron dos hombres.

—¡Rápido! ¡Registrad el cuarto hasta que deis con su pistola!

Obedecieron.

—Aquí está —dijo uno de ellos, mostrando un revólver calibre 38.

—Tráelo —ordenó quién llevaba la voz cantante.

Lo tomó, con sus manos enguantadas, al tiempo que tendía al otro su pistola con silenciador.

—Ponte frente al cadáver.

Lo hizo.

Y de improviso, el 38 escupió dos salivazos de plomo.

—¿Qué hac...?

No completó la pregunta.

Ambos proyectiles habíanse clavado en su frente.

Cayó, muerto instantáneamente.

El otro, su compañero, miró atemorizado al que ahora empuñaba el revólver.

—Pero... ¿es que te has vuelto...?

—¡Cállate! Y pasa al lado de tu compinche.

—¡Eres...!

—¡Cierra el pico, bastardo! ¡Y procura obedecer antes de que te «taladre»!

Fue a situarse, con pasos temerosos, arrastrando los pies, en el lugar donde estuviera su compañero antes de ser tan fríamente asesinado.

Miró al del revólver.

Y ya dos pedazos de plomo habían salido del cañón en busca de su cuerpo.

Se tambaleó unos segundos para caer finalmente, de través, encima del otro cadáver.

El asesino, con rápidos movimientos, metió el 38 en la derecha del difunto Kurt.

Salió de la estancia inmediatamente luego de apagar la luz.

Corrió por el pasillo, alzó la ventana, asomó a la escalera de incendios y descendió por ella tras asegurarse de que no había nadie por los alrededores.

Cuando varias personas, alarmadas por el estampido de los disparos, corrieron, no sin temor, hacia el lugar donde aquéllos habían soñado, aún se escuchaba en los metálicos peldaños de la escalerilla de emergencia el eco de un vivo taconeó.

Luego, unas pisadas se perdieron por la oscuridad del callejón.

CAPÍTULO III

«¡A SESINADO AL TRATAR DE REPELER LA AGRESIÓN DE DOS INTRUSOS QUE SE HABÍAN COLADO EN SU APARTAMENTO!»

«Miami-Sun», crónica de última hora. De nuestro redactor criminólogo, Dick Hayworth. «Aunque nuestra ciudad no es Nueva York ni Chicago, es obvio que disponemos de un pequeño mundillo del hampa que de tarde en tarde da fe de existencia. El suceso, en otro lugar, tendría una importancia relativa. Crímenes se cometen muchos en nuestro país, y consté que no me es grato el escribirlo. Pero me deba a una misión informativa y cumplo con ella informando a mis lectores con la más estricta veracidad de los hechos. Esta madrugada se ha establecido que sobre las dos y media aproximadamente, el huésped del cuarto número dieciocho de la pensión

O’Herlthy,

un individuo llamado Kurt Hayes, fue, por lo que se supone, atacado por dos individuos que se habían colado subrepticamente en su apartamento, con el fin aparente de robar.

»Hayes, apercibido de la intromisión, trató de hacerles frente usando un revólver de calibre 38, el cual, se ha comprobado posteriormente por la policía, poseía ilegalmente. Los ladrones, al verse sorprendidos, trataron de intimidar al inquilino con una automática “*Parabellum*” provista de silenciador, pero aquél, con menosprecio de su integridad, ha respondido al fuego consiguiendo tender a balazos a los autores del asalto

quienes a su vez lo alcanzaron con sus disparos. Total, un balance de tres cadáveres. Varios huéspedes de la pensión corrieron al lugar del suceso atraídos por el fragor de los disparos, encontrándose con la horrible escena al abrir la puerta que, los asaltantes, según huellas encontradas, se encargaron de forzar.

»Las primeras pesquisas de la Brigada de Homicidios no arrojan excesiva luz sobre el asunto. Ha podido establecerse, eso sí, que Kurt Hayes era un viejo actor de cine que en la actualidad trabajaba para la Production Film

Denwer & C.ºLtd.,

interviniendo de extra en el rodaje de algunas películas. No tenía familia ni se le han reconocido bienes algunos de fortuna.

»Con respecto a los asaltantes, comprobada su identidad, han resultado ser Hugo Bikel y Mel Mac Lain, con extenso historial delictivo, militantes en otros tiempos de famosas “rackets” de Chicago. Habían cumplido condena por atraco a mano armada, intento de homicidio, soborno y tráfico de estupefacientes. Se supone que en la actualidad mantenían concomitancias con cierto magnate del hampa de Miami, cuyo nombre no se ha mencionado, o no se ha querido mencionar, por ese temor absurdo que tiene la policía a ser demandada por difamación, aun conociendo las actividades delictivas de ciertos personajes que pululan por la sociedad con piel de cordero y trazas de personas honestas.

»No obstante, como es habitual, la Brigada de Homicidios...»

—¡Maldita sea! —masculló Ben Saunders tirando el periódico a un rincón.

Había leído la crónica una docena de veces.

Aquello venía a complicar su misión en el momento menos esperado.

Y lo malo del caso era que no podía intervenir abiertamente en

el asunto.

Él estaba en Miami como Don Golden.

Un tipo bien parecido que trataba de escalar un puesto en el difícil mundo del séptimo arte.

Kurt Hayes le había insinuado la oportunidad de iniciarse como doblé.

Ése era Don Golden.

Pero Ben Saunders, agente especial del FBI, enviado por Washington a instancias de la División Federal de Miami, para intervenir en la más gigantesca operación de drogas de la historia, de la que se había tenido noticias a través de un fracasado actor llamado Kurt Hayes, no podía aceptar los Hechos tal como los relataba el periódico ni tal como parecía admitirlos la policía de la ciudad.

¿Qué iban a robarle a Kurt?

Habían entrado en su habitación con el determinado propósito de asesinarle.

¿Por qué?

Sencillo. Porque alguien había descubierto la maniobra del viejo actor, porque alguien estaba al corriente de su delación y había decidido asesinarle.

Eso, por ende, significaba que el autor, el cerebro que dictara sentencia contra Hayes estaba al corriente de su verdadera identidad.

¿Alf Conrad?

Según los informes de Kurt, el director del film Contrabando moral, era quien había planeado el asunto de las drogas.

Por tanto, no cabían dudas acerca del culpable.

Muy enrevesado.

Kurt Hayes no había informado al FBI por convicción de un deber ciudadano, sino para vengarse del hombre que había sembrado su vida de tragedia.

Demasiados intereses mezclados en un mismo caso.

—Esto huele a podrido —musitó el del FBI para sus adentros—. Es más complicado de lo que parece. Existe algo más que una operación de tráfico de estupefacientes en gran escala.

Así debía ser lógicamente.

¿De qué medios se había servido Hayes para enterarse de un

plan delictivo que debía llevarse en absoluto secreto?

Sólo quienes estuvieran involucrados en el asunto podían conocer la operación con tanto lujo de detalles.

Evidencia de que Kurt se había valido de uno de ellos para obtener la información.

¿De quién?

Por supuesto que no de Alf Conrad.

¿Qué otra persona podía estar interesada en traicionar o vengarse del director?

Cábalas, preguntas, interrogantes... sin respuesta.

Empezaba por no conocer a ninguno de los personajes de aquella trama enrevesada.

Muerto Hayes, perdía todo punto de contacto.

No.

Todo no.

Porque él asistiría a la reunión de Cayo Azul.

Pero antes...

—¿Qué desea, joven?

Miró al sargento de guardia con no demasiada simpatía.

—Hablar con el teniente Norman Brunkelly de la Brigada de Homicidios.

Un sargento muy enterado del cumplimiento de su deber y con cierta debilidad por los 13 X 18 de ciertas damas que se exhibían muy frescas y destapadas.

Contempló con inquisitiva mirada al muchacho de rubios cabellos desordenados, ojos azules y expresión jovial.

—¿Y para qué demonios desea ver al teniente? No será usted de los que rellenan páginas de periódicos, ¿eh?

Ben, con cierta sorna, replicó:

—No, sargento. Yo soy de los que se ponen nerviosos cuando empiezan a formularle tanta pregunta estúpida.

Se congestionó su macilento rostro.

—¡Un momento, jovencito! ¿Con quién se ha creído...?

Ben acababa de meterle su credencial debajo de las anchas narices.

Y el sargento no completó la pregunta. Masculló:

—¡Podría haber empezado por ahí!, ¿no?

—Suelo empezar por dónde me da la gana, sargento. Y si quiere

usted ahorrarse complicaciones, déjese de graznar y lléveme a presencia del teniente.

No replicó.

Se puso en pie indicándole con la vista que lo siguiera.

—Agente Ben Saunders del FBI. ¿Teniente Brunkelly?

El sargento había cerrado la puerta del despacho.

Norman Brunkelly contaría unos cuarenta años de edad, era de estatura regular, fornido, de grandes ojos castaños y mirada inteligente.

Estrechó la mano que el otro le tendía, diciendo:

—Siéntese, Saunders.

Y haciendo él lo propio, tras la mesa, inquirió:

—¿Puedo servirle en algo?

Asintió el del FBI.

—Se trata de lo sucedido esta madrugada en la pensión

O’Herlthy.

Tengo entendido que se ha hecho usted cargo del asunto.

—Efectivamente, así es.

Ben, sin entrar en más detalles de los estrictamente necesarios, explicó el porqué de su interés en el caso, recalcando que seguramente se hallaba relacionado con la misión que tenía que llevar a cabo.

—¿Ha leído los periódicos... supongo? —preguntó el teniente, luego de oír sus explicaciones.

—Por supuesto. Y no lo veo claro.

—Yo tampoco —convino el teniente—. Cuando dos individuos deciden efectuar un robo, empiezan por conocer bien a su víctima y por formarse una idea lo más exacta posible de la cuantía del botín. Kurt Hayes tenía por todo patrimonio quinientos dólares. Y esos... siguen en un cajón del armario que tenía en su cuarto. Obvio que esos hombres no entraron a robar sino a matarlo.

—Coincidimos, teniente. ¿Podría ver las fotos obtenidas en el escenario de la refriega?

Brunkelly se puso en pie.

—¿Cómo no? Ahora mismo se las voy a mostrar.

Extrajo una carpeta del archivo metálico que se hallaba empotrado en el ángulo izquierdo de la estancia dentro del tabique frontero.

Regresó a la mesa, poniendo sobre ella un juego de fotografías que empujó hacia Ben.

Tomadas desde posiciones distintas.

Desde todas las posiciones, mejor dicho, en que podía captar el objetivo a los tres protagonistas de la tragedia.

Ben Saunders las estudió cuidadosamente una por una.

Prestó especial atención a la que se había tomado de frente, o sea, aquélla en que los tres cuerpos aparecían en un plano frontal sobre la brillante cartulina. La sostuvo entre sus manos algo más de cinco minutos.

—¿Ha observado lo que yo, teniente? —preguntó en tono pausado mientras dejaba el retrato encima de la mesa.

Brunkelly frunció el entrecejo.

—Depende a lo que se refiera.

Saunders, pensativo, ligeramente inclinada la cabeza, desgranó con estudiada lentitud:

—Ninguno de esos tres hombres disparó un solo tiro. El teniente desorbitó los ojos.

—¡Cómo! ¿Qué trata de insinuar?

—Que hubo un cuarto personaje. El autor de los tres crímenes.

Norman Brunkelly, de tan estupefacto, apenas consiguió articular con desconcertada expresión:

—¿Un cuarto personaje? ¿El autor de los tres crímenes...? Pero... ¿qué le hace suponer todo eso? Saunders sonrió infantilmente.

—La posición de los cadáveres, teniente. ¿Me permite que le explique...?

Brunkelly, volcando el torso sobre la mesa, con un ojo en los retratos y el otro en el agente, musitó:

—Sí... desde luego, explíquese. Me tiene en ascuas.

Saunders puso frente al teniente el retrato que había merecido su prolongado interés.

Dijo:

—Observe la situación del cuerpo de Kurt Hayes. Está tendido decúbito prono, ligeramente torcido hacia la izquierda. Eso me hace suponer que la persona que efectuó los disparos se hallaba situada tras la mesa, en diagonal con respecto a Kurt. Ambos balazos le entraron por el pecho, cerca del corazón, merced a cuyo impulso se

ladeó hacia la izquierda al llegar al suelo. Si el arma homicida hubiese estado frente a Hayes en el momento de efectuarse los disparos, ambos impactos lo hubieran lanzado hacia atrás haciéndole caer luego casi verticalmente. O sea, que su posición en tierra debería ser casi geométricamente horizontal. Y no es así. En cuanto a los otros dos, observe que uno está caído de través sobre el otro. ¿Cómo puede ser eso posible? No es lógico que uno dificultara la visibilidad de su compañero situándose entre él y Hayes. Deberían estar distanciados entre sí, pendientes ambos de los movimientos de su víctima. Si Hayes disparó sobre uno... que debe ser sin duda el que yace debajo, el que estaba detrás no pudo darle tiempo a que disparase de nuevo. Sin embargo, según la foto, sucedió así. Kurt Hayes mató al primero de los agresores, y al caer éste, hizo lo propio con el otro sin que aquél tuviera tiempo de defenderse.

—Pero es que el segundo no llevaba armas. ¿Ha observado usted eso?

Saunders, sonrió:

—Entonces, ¿quién mató a Kurt Hayes? Si el segundo no llevaba armas, y el primero ya estaba muerto, con la automática en la mano como vemos en la foto... ¿Quién asesinó al ocupante de la habitación? Lógicamente, de suceder los hechos como las fotos pretenden demostrar, Hayes debería estar vivo a estas horas. Además... ¿cómo le permitieron levantarse de la cama, buscar su revólver, llegar al centro de la estancia, disparar...? ¿No comprende que eso es imposible, absurdo? ¿No lo ve así?

El teniente había ido a más en su confusión. Pero no porque no entendiese los razonamientos del federal, lógicos a todas luces, sino porque al comprenderlos, el caso se le hacía más confuso.

Permaneció unos segundos en silencio, preguntando al fin:

—¿Cuál es su hipótesis, Saunders?

Ben, pasándose una mano por sus indómitos cabellos, sonrió con ingenuidad:

Dijo:

—Ya la he apuntado, teniente. Hubo un cuarto personaje en escena. El que asesinó a esos tres.

—Sí... supongamos que esté en lo cierto. Pero ¿cómo lo hizo?

—Ayer —dijo reposadamente— estuve en esa misma habitación.

Observé un detalle. Sólo existía conmutador de luz en la entrada del cuarto, cerca de la jamba de la puerta. Supongamos que esta madrugada, Kurt Hayes percibió un ruido extraño en la habitación. Se levantó, dirigiéndose al interruptor, para dar la luz. Al dar la vuelta encontróse con el asesino quien, desde la mesa, le apuntaba con una «*Parabellum*» provista de silenciador. Quizá hablaron, quizá no. El caso concreto es que el de la automática disparó contra Hayes causándole la muerte. Entonces aparecieron en escena Hugo Bikel y Mel Mac Lain, a quienes se había contratado engañosamente para el «trabajo» de tirar un cadáver al mar. El asesino obligó a uno de ellos a buscar el revólver de Hayes. Lo hizo situar frente al cadáver de éste y le disparó a quemarropa después de haber cambiado un arma por otra. Repitió la operación con el otro individuo y escapó por la escalera de incendios poco antes de que acudieran los huéspedes que habían sido despertados por los disparos del revólver de Hayes, desprovisto de silenciador.

Tras una fugaz pausa, agregó:

—Antes de ver las fotografías, ya tenía formada esa hipótesis. De otra manera, me parecía absurdo e incomprensible. No obstante, los retratos han servido para afianzar mis suposiciones sin lugar a dudas.

El teniente, con una sonrisa de admiración y agradecimiento, habló:

—Sin dudas, desde luego. Debía haber prestado una mayor atención a estos retratos. Sus razonamientos me parecen muy lógicos, Saunders.

El del FBI tuvo un rasgo de sencillez y sinceridad al decir:

—En su caso, teniente, es muy posible que me hubiese ocurrido lo mismo. No olvide que por razones de la misión que se me ha encomendado, tenía motivos para suponer que Hayes no había sido asesinado al tratar de defender sus quinientos dólares. Partiendo de ese razonamiento ha sido fácil intuir la verdad.

—Y hacérmela ver a mí.

—Gracias a sus fotografías he confirmado mis sospechas. Ambos defendemos la ley y justo es que nos ayudemos. ¡Ah!, se me olvidaba. El periódico silencia el nombre de la persona que dirige el «Racket» u organización delictiva en que militaban ese par de canallas... por paradoja, víctima de sus propios procedimientos.

¿Quién es esa persona, teniente?

Brunkelly se pasó una mano por la frente.

—No intente nada por ahí, Saunders. Es un consejo. No sería el primer policía honesto que se ha estrellado contra ese muro. Abbe Benton, alias «Lioness» es el cerebro rector del hampa en Miami. Pero se encuentra respaldada por una serie de influyentes y desconocidos personajes que la han convertido en una institución poco menos que inmune. Su cuartel general está ubicado en un club nocturno que se llama Hawai. Le repito, Saunders, investigue por otro lado. Y si puede descartar a «Lioness» de su misión, mucho mejor.

El hombre del FBI se puso en pie.

Tendió la diestra al teniente.

—Gracias por su colaboración, Brunkelly.

El teniente se levantó a su vez para estrechar la diestra del federal.

—Será una satisfacción poder serle útil nuevamente. En caso de que consiga averiguar algo importante con referencia a ese triple asesinato, ¿quiere que me comunique con usted?

—Le llamaré por teléfono de ser necesario. O vendré de nuevo. Aunque no lo creo factible. Si bien el asunto que usted investiga tiene como nexos con respecto a mi trabajo el asesinato de Hayes, las peculiaridades y finalidad de nuestros trabajos siguen caminos distintos.

Se retiró hacia la puerta.

—Ha sido un placer, Saunders.

—Suerte, teniente.

CAPÍTULO IV

—¿Qué tal, hermano?

Una forma muy original de recibir.

—Yo, tirando. ¿Y tú?

Sonrió el que estaba en el umbral, manteniendo la puerta entrecerrada.

—Regular. No me quejo. ¿Qué se te ha perdido por aquí?

La música estridente, el bullicio, las carcajadas... todo se percibía con nitidez ofensiva.

—Me llamo Don Golden. Un amigo me dijo ayer que viniese por aquí. Tenía que pasar a recogerlo para venir juntos, pero en la fonda me han dicho que si quería recoger a mi amigo me diese una vuelta por la Morgue. Se ve que la noche pasada sufrió una indigestión de plomo... Se llamaba Kurt Hayes.

El otro se palmeó la frente.

—¡Ah, sí! Pobre hombre. Lo hemos leído en los periódicos. Era un buen extra, no sé por qué han hecho eso con él. ¿Qué dice? ¿Qué entraron a robarle? ¡Eh, oye! ¿A quién me recuerdas tú...?

—A lo mejor a Jack York.

Se arreó otra palmada en la frente.

—¡Pues toma, claro que sí! ¿Y cómo no habré dado yo...? ¡Ya entiendo! Era por eso que Hayes te dijo que vinieras. Sabía que buscábamos un doble... ¿Os conocíais?

Don Golden, en realidad Ben Saunders, se encogió de hombros.

—Depende de lo que tú entiendas por conocerse. ¡Ah!, todavía no sé quién eres, amigo.

Era de estatura regular, frente despejada, ojos risueños de color indefinido, y parecía poseer ese peculiar cinismo simpático que distingue a los componentes del mundo cinematográfico.

Contaría unos treinta y ocho años.

—Me llamo Albert Weiss y soy ayudante de dirección —bajó la

voz y le guiñó un ojo cómicamente—, en realidad, la mano derecha de Alf Conrad, la eminencia gris de la «casa». ¡Eh!, pero bueno, ¿qué haces ahí en la puerta?

—Nada. Esperando que me dejes pasar.

Como tenía por costumbre, se dio un palmetazo en la frente.

—¡Soy un mal educado! ¡Adelante, futura promesa!

Y abrió la puerta de par en par.

Nerón se hubiese mordido las uñas de envidia.

Hubiera comprendido que las bacanales que él organizaba en sus «buenos tiempos» no pasaban de ser juegos de lactantes si se comparaba con aquello.

Ben no se sorprendió demasiado.

Pero sí, al pisar en el interior del fastuoso *bungalow*, de tropezar con una mujer completamente vestida.

Con elegancia y sencillez.

El alcohol corría como el agua en el Niágara.

Las efusiones se prodigaban con igual naturalidad que Cassius Clay repartía «tortazos».

Besarse era hacer el ridículo.

El malogrado Kurt ya lo había advertido.

—¡Eh, Alf! —gritó su guía, tratando de alzar la voz por encima del cóctel de música, carcajadas y exclamaciones—. ¡Acércate! ¡Mira lo que tengo aquí!

Un tipo de mediana edad que lucía una camisa cuadriculada y unos *shorts* color marrón, que «calzaba» unos anteojos de cristales ahumados y tenía pinta de gran hombre, se acercó a ellos con medidos pasos.

Albert Weiss señaló al federal. Inquirió:

—¿Qué te parece «esto»?

Ben trató inútilmente de escudriñar el color de los ojos que se ocultaban al otro lado de las gafas.

Se supuso estudiado escrutadoramente.

—Don Golden, ¿no? Es el tipo de quién el estúpido de Hayes me habló ayer por teléfono.

—El estúpido de Hayes —le cortó Ben, entrecerrando sus nítidas pupilas azules— está muerto. ¿No se ha enterado, amigo Conrad?

El otro echó atrás la cabeza.

—Yo no soy amigo de usted ni tengo por qué serlo. En cuanto a

Kurt Hayes, tengo entendido que se muere mucha gente cada día. Gente que vale más que él. No es cuestión de echarse las manos a la cabeza ni rasgarse las vestiduras.

Ben, en su papel de Don Golden, nada dijo. Se limitó a recorrer de pies a cabeza la delgada silueta del hombre de barba y perilla.

Intervino Albert Weiss, diciendo:

—Se parece a York extraordinariamente, ¿eh? Ya tenemos el asunto solucionado. Jack y Bárbara serán doblados con mayor fidelidad de la que imaginábamos.

Alf Conrad hizo un gesto ambiguo.

—Eso espero. ¿Dónde están ahora?

—No fiscalizo sus pasos, Alf. Pero hace poco me ha parecido verlos por esa jungla que Bárbara llama «su jardincito».

Un rictus de contrariedad contrajo los labios del poco sociable director.

—Dile a esa muchacha, a Magali, que venga.

Albert Weiss, pese a su cínica jovialidad, a su dinamismo, a su aire burlón, obedeció al instante las instrucciones del otro.

Eso hizo comprender a Ben que allí todos acataban las decisiones de aquel extraño individuo sin replicar.

No, pese a todo, su aspecto no era el que podía formarse antes de conocerlo, del individuo que había planeado tan metódica y concienzudamente una peligrosa operación de contrabando.

—Supongo que Hayes le hablaría de su trabajo, ¿no? —inquirió Conrad, cortando el hilo de los pensamientos del agente—. ¿Hace mucho que se trataban?

—Poco. Nos conocimos casualmente. Me dijo que mi parecido físico con un tal Jack York era asombroso. Y añadió que el director de la película en la que él trabajaba como extra estaba buscando un doble para el protagonista... y que muy bien podía ser yo ese doble.

Conrad, sin rodeos, inquirió:

—¿Cuánto quiere cobrar por doblar a Jack en esas secuencias?

El federal, eludiendo a su vez los rodeos, contestó con desparpajo:

—Lo que me paguen.

—¿Cuál es su profesión?

—La de todo el mundo... Vivir.

Una respuesta que decía mucho o no decía nada.

En aquel instante llegó Albert Weiss acompañado de una muchacha. De la que había sorprendido a Ben por su completa indumentaria.

—Ésta es Magali Ocraz —presentó el director fríamente—. Ella doblará a la protagonista femenina. Es conveniente que se conozcan. Éste —señaló a Ben con el pulgar de la derecha— es Don Golden. El doblará al protagonista masculino. O sea, que ambos intervendrán en las mismas secuencias. Ahora, si lo desean, diviértanse y conózcanse. Mañana es posible que empiecen a trabajar.

Y con estas palabras, dio media vuelta, perdiéndose en el interior del *bungalow*.

Weiss se encogió de hombros.

—Les dejo, amigos. Que se diviertan.

Y siguió los pasos de Conrad.

El bullicio, en algunos momentos, se hacía atronador. Los taponazos del champaña se mezclaban con las risas provocativas, con las palabras altisonantes, con los susurros y los jadeos de respiraciones entrecortadas.

Una libación de distintos placeres.

Algarabía general y dentro de ella, cada pareja vivía una intimidad.

Su escándalo particular.

Ben y Magali quedaron frente a frente, mirándose en silencio.

De inmediato, el hombre captó la sombra de tristeza que vagaba por la profundidad de aquellos ojos negros, la ingenuidad latente en aquel rostro agradable de facciones correctas.

—¿Te diviertes aquí, Magali? —interrogó en franco tuteo.

Curvó ella sus carnosos y menudos labios en significativo mohín.

—Con sinceridad, no. Es la primera vez que me encuentro rodeada de tan singular ambiente. Creo, al menos ahora, que nunca conseguiría adaptarme a este mundo. Intuyo en él una gigantesca andrómida que todos conocen y que todos fingen desconocer.

Le pareció muy sincera en sus manifestaciones.

—¿Te importa que paseemos por la jungla? ¿O prefieres el mar? Aquí, eso hay que reconocerlo, se ha reunido lo que pueda gustar a unos y otros.

—Puesto que nuestro director dice que debemos conocernos...

—musitó ella con lánguida sonrisa—, imagino que la jungla será una estupenda aliada.

Ben se hizo a un lado, dejando que ella lo precediera rumbo a la original puerta de troncos y tupidos ramajes.

Fuera ya, caminaron unos minutos en silencio, internándose por lo que más que un jardín, verdaderamente era una selva.

Se volvió la mujer, recostándose en el tronco de un frondoso arbusto.

Haciendo gala de una intuición muy femenina, preguntó:

—¿Qué quieres saber de mí, Don?

Evidentemente sorprendido, el agente del FBI tardó unos segundos en responder.

Breves segundos, sí, durante los que pareció meditar.

CAPÍTULO V

Toda la ofensiva rotundidad de su cuerpo exuberante se ponía ahora de manifestó en el interior de aquel bikini negro con motas blancas.

Un dos piezas cautivador, gracioso, pícaro.

Caminaba en silencio, hundiendo sus pies desnudos, diminutos y bien formados en la suave arena que lindaba con la playa.

Tranquilas eran las olas que en algunos instantes llegaban a humedecerlos.

Necesitaba la soledad.

Y mucho le había costado deshacerse del asedio de Jack York.

Una sonrisa burlona curvó sus labios con cierta crueldad al imaginar que Alf Conrad andaría loco de un lugar a otro, tratando de encontrarla.

Y ella, lentamente, entorpecido su avance por la arena de Cayo Azul, iba alejándose del *bungalow*.

A su espalda quedaban los insaciables.

Los imbéciles y las estúpidas.

Sí, consideraban a Bárbara Majors una más de aquéllas. Algunas la miraban con lástima. Sabían que su paso por el cine sería efímero, fugaz, como un fuego fatuo que duraría el exiguo lapso de tiempo que Alf Conrad tardara en cansarse de ella.

La noche era hermosa y tranquila.

Invitaba a pensar.

A una callada meditación consigo misma.

¡La sofisticada Bárbara!

¡Ignorantes! ¡Seres amorfos! ¡Ruinas de carne y hueso!

¿Qué sabían ellos? ¿Qué sabía nadie? Nada.

Ni uno solo de los componentes de aquel mundo egoísta, cruel, ambicioso, podía imaginar remotamente la verdad.

La verdad de Bárbara Majors.

Si pudiesen penetrar en su cerebro y leer las palabras que allí había grabado una voz tenaz, insistente, jadeante..., agónica un día.

De pronto, Bárbara Majors dejó que sus pies se hundieran en la arena al detenerse bruscamente.

Se alejaron sus pensamientos.

Por encima del rumor pacífico de las espumosas olas trató de identificar el ruido que acababa de percibir a sus espaldas.

Creyó que se trataba del roce de otros pies desnudos que no eran los suyos, al avanzar sigilosamente en pos de ella.

En realidad, nada.

Transcurridos unos segundos, prosiguió su lento avance, renunciando a la idea de volver la cabeza.

¿Miedo?

—¡Bah! —musitó—. Los sucesos de ayer han alterado mis nervios. Hice lo que debía...

Trató de convencerse de que eso era cierto.

No obstante, el temor, filtrándose de nuevo por entre sus pensamientos, la obligó a inmovilizar los pies.

Quiso asegurarse que sólo el rumor de las aguas, su caricia sobre la arena, turbaba el silencio.

El bullicio del *bungalow* no llegaba hasta allí.

Sí.

Forzosamente debía ser el agua.

No.

Había vuelto a escuchar el mismo siseo de antes.

¡Y otra vez! Más cerca, perceptible, real, latente.

No.

Era el fantasma de lo ocurrido la noche anterior que no la dejaba vivir desde el instante...

La seguían.

Alguien.

Y creyó captar el jadeo de una respiración ligeramente alterada que pugnaba por esconderse en el silencio.

Con brusco giro volvió sus ojos atrás.

El corazón golpeó dentro de su pecho con tétricos aldabonazos.

Exclamó, con voz insegura:

—¡Tú! ¿Qué pretendes?

La oscuridad de la noche no era suficiente para ocultar el brillo

azulado, el plumizo destello del siniestro cañón de la pistola.

Una automática.

Con tubo silenciador.

Idéntico al que...

—Has sido muy torpe, Bárbara.

La voz, con ribetes de sadismo, fue acompañada del rictus ambiguo, glacial, que se había dibujado en la boca de la persona que caminara tras ella por la silenciosa arena.

—¿Qué... quieres de mí? —preguntó, palpitante los senos, amenazando con desbordar la menudencia blanquinegra que los oprimía—. ¿Por qué me has seguido?

—Te lo ha dicho, pequeña. Has sido una estúpida. Esta madrugada has cometido un triple asesinato. Hayes y los dos tipos que contrataste para preparar la coartada. Kurt, cumplió bien, ¿verdad? Le fue con el soplo a los federales. Pero luego cometió el error de explicarle a Ben Saunders su triste historia. Corría el peligro de que ese tipo atara cabos. Destruir el proyecto de Alf era una cosa, que descubrieran que tú eres hija de él y Maida, otra. Deseabas vengarte... Kurt Hayes, Roger Wendkos en realidad, también. Él no sabía quién eras tú. Sin embargo, tú le conocías perfectamente... porque Maida te había descrito a su estúpido esposo. Pero yo... —la voz se tornó glacial, ominosa, rezumante de odio— lo he planeado mucho mejor. Ese embarque de drogas tiene que llegar a Miami sin que el federal lo impida, ¿comprendes?

Bárbara, tratando de imaginar cómo habían podido ser descubiertos sus proyectos, negándose a creer que nadie pudiese saber su actuación de la madrugada anterior, jadeó en tono casi inaudible:

—¿Qué te propones...?

—¿No lo has comprendido todavía?

Un silencio fugaz.

Tan fugaz como ese paso definitivo que separa la vida de la muerte.

—No...

—Voy a matarte, Bárbara.

—¡No puedes hacerlo! Yo sólo trato de...

—Tratas de entorpecer mis movimientos. Ya lo has hecho al conseguir que ese agente del FBI llegara hasta aquí para doblar a

Jack York. Pero yo, mi pequeña estúpida, lo he previsto todo. Sí, también la muerte de Ben Saunders...

—Podemos... Podemos unirnos. Yo te ayudaré...

—Es tarde. Bárbara. Me estorbas. Y cuando alguien me estorba...

Dos fogonazos taladraron las sombras de la playa y un par de proyectiles brotaron rabiosos en busca del cuerpo de la hermosa mujer.

Dos agujeros, negros al principio, escupieron al instante borbotones de sangre para teñir el bikini de una nueva tonalidad.

Rojo.

Empapando sus bronceados senos.

Hasta que se desplomó sobre la arena con apagado eco mientras un gemido brotaba de sus labios sanguinolentos.

Silencio.

Después, el rápido siseo de unos pies sobre la playa.

CAPÍTULO VI

Habían caminado, despacio, mientras hablaban.

Rozando sus pies por entre la hierba acuática, pisando nenúfares y azucenas, escuchando el alegre trino de vibrantes pájaros para quienes el día no terminaba nunca.

Gigantescos árboles, festones de musgo negro y espinoso, interminables hileras de cipreses con el agua bañando sus rodillas.

Un maravilloso espectáculo donde la Naturaleza se mostraba con todo el brillante esplendor de la creación.

Magali Ocraz se detuvo, girando bruscamente hasta tropezar con la azul mirada del hombre.

—¿Por qué me has hecho tantas preguntas?

El de los indómitos cabellos rubios, ante la ternura ingenua de aquel rostro delicado, Ajos sus ojos en la tristeza misteriosa del negro mirar de ella, sintió que un impulso extraño pugnaba en su interior para fluir tempestuosamente al exterior.

La verdad temblaba en sus labios sensuales.

Y una idea martilleaba sus sienes haciéndole oír extrañas frases que rezaban en silencio sobre sinceridad y nobleza.

Como noble y sincera había sido ella.

—¿Crees en el destino, Magali?

Al escuchar aquella interrogación que venía en escurridiza respuesta a su preguntadla mujer enarcó las cejas.

—No sé quién es ese personaje, pero me siento a creer en su existencia.

—¿Porque te hizo tropezar en un club con Roberta Hedison?

Negó ella con un atisbo de melancolía.

—No. Entonces el destino no fue sincero. Pero lo ha sido al hacernos tropezar a ti y a mí. Sabes tan bien como yo que el encuentro con Roberta obedeció a los manejos que alguien trató de obrar acerca del destino. Pero hoy... no. Puedo casi leer tú

pensamiento. Estás aquí porque alguien ha forzado las circunstancias para que así sucediera. Tienes una ventaja sobre mí... Tú sabes el porqué de muchas cosas. Yo subí a ciegas por la pasarela de un barco misterioso cuyo rumbo desconozco. Eres policía, ¿verdad? Tu nombre no es don Golden, ¿cierto?

El muchacho sintióse desconcertado por la sutil intuición de la mujer. Por el encanto sincero con que había descubierto su juego.

Por su tristeza de saberse engañada aun sabiendo que no la engañaban.

—Ben Saunders —pronunció con una voz que no era la suya—. Agente especial de FBI.

Una suave sonrisa se dibujó en los labios carnosos, menudos, arqueados, sangrantes, de Magali Ocraz.

—Lo había supuesto, Ben.

—¿Por qué? —preguntó intrigado.

La sonrisa no se había borrado de su boca.

—Tú eres federal..., policía, al fin y al cabo. Yo, detective. Ya lo sabes. Una llamada misteriosa citándome en un club de dudosa reputación, la ausencia del anónimo comunicante, el casual tropezón con Roberta Hedison..., ¿supones que pude creer en el destino? No, Ben, no podía creerlo. Pese a mi aspecto ingenuo, la profesión me ha enseñado a ser suspicaz, desconfiada. Ellos me conocían. Buscaban una mujer que se pareciese a Bárbara Majors y sabían que yo era esa mujer.

¿Por qué no formularme la proposición de un modo abierto? ¿Por qué recurrir a la enigmática llamada... y al tropezón del destino? Comprendí inmediatamente que obrar de esa forma de esa forma podía parecerme ilógico a mí, pero la persona que lo había hecho, sus razones tendría para proceder tan tortuosamente. La curiosidad profesional se impuso al buen criterio. Fingí creer a pies juntillas en la casualidad que nos había hecho tropezar... y aquí estoy. Tú, sin embargo, llegaste con una misión concreta. ¡No, no te pido que me hables de lo que no debes! Sólo pretendo decirte que estoy a tu lado.

Ben la sujetó por los frágiles hombros con suave firmeza.

—Magali... —murmuró—, estás en lo cierto. He venido aquí sabiendo el por qué o creyendo saberlo. En el fondo, la razón es idéntica a la tuya. Me parezco a un actor. Alguien se encargó de

solicitar del FBI la presencia de un agente cuyo físico tuviese mucho en común con el de Jack York.

Acto seguido, sin ocultar un detalle, Ben Saunders explicó los hechos desde el instante en que el fallecido Kurt Hayes acudiera a la División Federal de Miami relatando la historia del fabuloso golpe preparado por Alf Conrad, al amparo del inofensivo argumento de una película de cine.

Habló también de las confesiones que sobre su vida le hiciera Hayes y de los motivos que le habían impulsado a comunicarse con el FBI.

Luego, el asesinato. Su visita al teniente Brunkelly, las fotografías, la verdad del triple crimen.

Terminado el largo relato, se abrió entre ambos un paréntesis de silencio.

—Parece increíble —musitó la hermosa detective—. Una historia alucinante. Pero... no entiendo por qué asesinaron a Kurt Hayes.

Ben sonrió tenuemente.

—Yo —dijo— creo entenderlo.

—¿Por qué?

Un fugaz espacio para meditar.

—Kurt Hayes —explicó lentamente— era muy poca cosa dentro de la productora para poder llegar hasta Alf Conrad, o James Hall, y enterarse del gigantesco proyecto por éste planeado. No le creí una sola palabra cuando me dijo que él había investigado... ¿Investigar qué? Sólo puede investigarse cuando se sospecha... ¿Qué podía sospechar Kurt? Nada. Que reconoció a Conrad pese a su aspecto, es indudable. Pero que imaginó algo turbio a su alrededor hasta el extremo de aventurarse a investigar, es falso. Se hubieran deshecho de él inmediatamente. Todo eso me condujo a un complicado proceso deductivo. Conrad no preparaba sólo su operación de contrabando, debían de existir otras personas enteradas e involucradas en el asunto. Y una de esas personas, lo mismo que Kurt Hayes, deseaba vengarse del director. Obvio que esa persona conocía el pasado de Hayes, Roger Wendkos en realidad, y el mucho daño que Conrad le había causado. Decidió valerse del infeliz actor para sabotear los proyectos de aquél. De esta forma se enteró Hayes de lo que se fraguaba. La coyuntura de que se buscara un doble para Jack York favoreció los propósitos de la persona que

se servía de Kurt para destrozar el plan. Por ello, le ordenó que se pusiera en contacto con el FBI y explicara la historia. Obtener un doble de York que fuese verdaderamente federal, era la clave del éxito. Yo fui esa clave. Pero Kurt Hayes, en un momento de desesperación y abatimiento, cometió el error de contarme su historia. Por eso lo asesinaron.

Magali sacudió sus castaños cabellos.

—Sigo sin comprender.

Sonrió Ben.

—La persona cuyas instrucciones obedecía Hayes no se fió demasiado. Es posible que instalara un micrófono o un magnetofón para poder enterarse de lo que hablábamos. Comprendió que la historia de Hayes podía llevarme hasta él, y decidió matarlo. Ya te he explicado del procedimiento que se sirvió, aunque su maniobra no consiguió engañarme. Yo ya había supuesto la existencia de otra persona, pero ella misma se encargó de confirmar mis sospechas al cometer el estúpido error de asesinar a Kurt. Además, con ese crimen me ha señalado una valiosa pista.

—¿Cuál?

—La de que se halla relacionada con la historia que Hayes me contó de su trágica vida. De no ser así, ¿por qué asesinarlo?

Magali sonrió admirativamente.

—Tu sagacidad es envidiable, Ben. Posees unas dotes deductivas extraordinarias. ¿Tienes alguna sospecha acerca de la persona que se valió de Kurt para llegar hasta el FBI y luego lo asesinó?

La negativa fue dubitativa.

—No... Pero sé que alquiló dos pistoleros para preparar la muerte de Kurt y hacer creer a la policía que se trataba de un atraco. Dos tipos llamados Hugo Bikel y Mel Mac Lain, pertenecientes al «racket» más poderosos de Miami, cuyos destinos rige una mujer a quien la policía no sólo no se atreve a molestar, sino que incluso teme.

—¿Abbe Benton, «Lioness»? —interrogó la detective.

—Exacto, Magali. Ella debe saber quién utilizó a esos hombres... Y es posible que incluso sepa mucho más que eso. ¿Crees que hubiera permanecido quieta de haber contratado a dos de sus gatilleros mediante un engaño para después asesinarlos? No. Aunque sólo fuera por mantener su fama de todopoderosa, habría

actuado. Ello, sin duda, señala con claridad que estaba al corriente de lo que iba a sucederles a esos dos hombres, y, por ende, de los planes de ese misterioso asesino. El teniente Norman Brunkelly me ha prevenido. Dice que más de un policía honesto se ha estrellado contra ese muro de alias «Lioness». Dice que se encuentra respaldada por una serie de personajes de mucha influencia que la hacen inmune a la ley.

—¿Chantaje?

—Correcto. Muchos hombres cuyos apellidos resuenan en altas esferas políticas y sociales esconden un vergonzoso esqueleto en el armario de su conciencia. Abbe ha descubierto esos huesos calcinados abriendo un armario tras otro. No pide dinero..., se conforma con protección. Es un juego tan viejo como el mundo. Esa mujer, en apariencia desconectada de este asunto, sabe más de lo que podemos imaginar. Y yo, Magali, nunca les he temido a los muros.

—Ni yo, Ben. De temerles, no hubiese obtenido una licencia de investigador privado. Ahora me preocupa el papel que yo desempeño en todo esto. Me buscaron, tratando de hacerlo pasar por casualidad, debido a mi parecido físico con Bárbara. De acuerdo. Pero algo me dice que hay algo más...

—También lo pienso yo, Magali. Pero por el momento se me escapa. ¿Sospechas de Roberta Hedison?

—Sería demasiado sencillo, Ben. Más bien creo que es una cómplice de los proyectos de Conrad. Me ha parecido adivinar que está verdaderamente enamorada de él. En fin..., mucho hemos hablado, pero nada hemos resuelto. ¿Qué propones?

—Por supuesto, seguir con nuestro papel de dobles e intervenir en esas secuencias. Impedir que el alijo de drogas sea distribuido no entraña dificultad. Lo difícil estriba en descubrir la identidad de la persona que está tratando de hacer fracasar los planes de Conrad. O sea, al asesino de Hayes. Y los motivos que lo impulsan a ello. En verdad, pequeña, es una trampa mucho más confusa y complicada de lo que imaginé en un principio.

Asintió ella meditativamente.

—No obstante, esta noche, cuando regresemos a Miami, sea la hora que sea, pienso hacerle una visita a esa fortaleza femenina llamada Abbe Benton.

Un furtivo rayo de luna que había conseguido filtrarse por el tupido enrejado que constituía la maleza, zigzagueó caprichosamente sobre los castaños cabellos de la mujer.

Se miraron.

Y en aquel instante pareció que el silencio habíase trocado en un manto espeso, agobiante, tangible.

En un monstruo invisible de llameantes ojos hipnóticos cuyo poder dominaba el subconsciente de dos seres diminutos, frágiles, perdidos en un abismo sin fin.

Y rodando por aquel abismo fueron el uno al encuentro del otro.

Gritaron sin que una sola palabra brotara de sus gargantas.

Y sus labios se buscaron en febril vehemencia para fundirse en una caricia inextinguible, dulce, apasionada.

Cerrados los ojos.

Unidos sus alientos.

Hasta que un salvaje alarido inundó la jungla con eco estremecedor haciendo oscilar las copas de aquellos inmensos y frondosos arbustos.

—¡Socorrooooo! ¡Está muerta!

Como sacudidos por una descarga eléctrica, Ben y Magali abrieron los ojos bruscamente y se encontraron ante una realidad que creían haber soñado.

Juntas sus bocas.

Pero truncado el mágico hechizo de aquel momento paradisíaco por el espeluznante chillido que aún vibraba en sus tímpanos.

Magali, rojas las mejillas por un tenue rubor que aumentaba su ingenua belleza, inquirió sin apenas voz:

—¿Qué ha sucedido?

Ben, tomándola por una mano, dijo con la respiración entrecortada:

—¡Regresemos al *bungalow*!

CAPÍTULO VII

Sí.

Se parecía enormemente a Ben Saunders.

Al que conocían por Don Golden.

Rubio, cabellos quizá mejor peinados, ojos azules, facciones correctas y aire infantil.

Ahora, pálido.

Lívido como un muerto.

—¿Has sido el último que han visto en su compañía!

Todos estaban de pie.

La orgia acababa de tener un trágico epílogo.

Bárbara Majors yacía sobre la arena con dos balazos en el pecho.

Bill y Samantha, dos co-*starrings* de Contrabando mortal habían descubierto el cadáver pocos minutos después de que decidieran salir a dar un paseo por la playa.

Con un fin determinado que el siniestro descubrimiento había impedido consumaran.

Jack York, en el centro de la estancia, de espaldas a la radiogramola, contemplaba inmóvil al hombre que acababa de lanzar la violenta acusación.

Alf Conrad.

Ambos habían luchado por el amor... o por amar a Bárbara. Los celos eran un motivo para asesinar. Jack, rechazado una y otra vez por ella, estaba celoso.

No podía negarlo, todos lo sabían.

¡Pero no la había matado!

Roberta Hedison también estaba celosa. ¿Por qué no...?

—Me ha pedido que la dejara pasear sola..., necesitaba pensar. Me he separado de ella hace más de media hora.

Le temblaba la voz. Y eso inducía a suponer que no era sincera.

Alf Conrad, con las ahumadas gafas en la mano, hecho insólito

hasta entonces, ya que nadie recordaba haberlo visto sin lentes, congestionado el rostro, trémula rabia en la barbilla de negro y espeso vello, avanzó con dos pasos hacia el actor.

—¿Y qué has hecho durante esa media hora, Jack? —preguntó con tono silbante, con furor apenas contenido—, ¿qué has hecho!

York, retrocedió instintivamente, pese a ser más alto que Conrad y aventajarlo sin duda en potencial físico.

Tartamudeó:

—Caminar... sí. He caminado... Yo también necesitaba estar solo para...

—¡Para volver sobre tus pasos! ¡Para seguir a Bárbara! ¡Para asesinarla! ¿No es eso, canalla?

Antes de que Jack York pudiese articular sonido alguno, la puerta del *bungalow* abrióse con cierto estrépito para dejar paso a Magali Ocraz y Ben Saunders.

El falso Golden, sin dejar de sorprenderse por el cambio de decorado y el hecho de que Alf Conrad se hubiese despojado de las gafas, inquirió en voz alta y cortante:

—¿Qué ha sucedido?

El director se volvió hacia él como una fiera.

—¡Cállese! —vociferó exaltado—. ¿Quién se ha creído que es?

Ben, dejando tras sí a Magali, dio unos pasos hacia el director.

—Me parece que se confunde, amigo. No recuerdo que mi padre se atreviera jamás a tratarme de ese modo. Menos, un tiparraco como usted. He venido aquí para ganar unos dólares, no a soportar sus berreos. He formulado una pregunta porque he oído un grito y al llegar aquí me encuentro con una situación confusa. Responda en voz baja porque no soy sordo, ¿entiende? Y me cuesta poquísimos trabajo partirle la boca a un tipo como usted.

Ben, jugando perfectamente el papel de tipo cínico y bravucón que como Don Golden le correspondía desempeñar, dejó boquiabiertos a todos con sus palabras.

Nadie se había atrevido a interpelar al director con aquel tono y decisión.

Conrad, tras unos segundos de auténtica sorpresa, reaccionó como los demás esperaban.

Tirando las gafas al suelo y saltando sobre Ben (Don) Saunders con expresión asesina.

El federal apenas si se movió.

Limitóse a faltar la ciega acometida al tiempo que largaba un durísimo trallazo de zurda en pleno rostro de Alf.

Rebotó hacia atrás luego de dar varias vueltas sobre sí mismo.

—¡Bruto! ¡Bestia! ¡Salvaje!

Eso exclamó la hermosa mujer que se arrodillaba junto a Conrad para atenderle.

Ben, adivinó que se trataba de Roberta Hedison.

Sin hacer caso de sus insultos, se encaró con el hombre que tan extraordinario parecido físico tenía con él.

—¿Es usted Jack York?

Temblando todavía, asintió:

—Sí..., yo soy. Usted... es el que ha de doblarme en las secuencias...

—Déjese ahora de doblajes y explíqueme lo ocurrido.

—Bárbara Majors... Yo estaba paseando con ella... Me ha pedido... Ha dicho que necesitaba estar sola, la he complacido... Yo también deseaba meditar, pensar en el silencio de la jungla. Hace de eso... no sé... creo que algo más de media hora. Bill y Samantha... acaban de encontrarla... muerta... en la arena...

El virulento Conrad, ayudado por Roberta, habíase puesto en pie. Mirando con ojos llameantes al expeditivo doble de su «acusado».

—¡Lo pagará muy caro, Golden! —explotó colérico.

Ben lo midió de arriba abajo.

—Entiendo que está haciendo oposiciones para que lo «estropee» por una larga temporada, Conrad. Ya le he dicho el qué. Yo vengo para doblar a ése y embolsarme unos billetes. Pero me las juego todas a una carta y lo convierto en un amasijo de carne y hueso como se ponga tonto. ¿Está claro?

Se contuvo a duras penas.

—¿Alguien ha comunicado con la policía? —inquirió Ben, haciéndose dueño de la situación.

Roberta Hedison, mirándole con aversión, repuso:

—Yo he telefoneado.

—Correcto. Pues que sea la policía quien descubra al asesino. Todos podemos ser culpables. Entiendo que todos «somos» actores, ¿no? Esta madrugada se han «cargado» a un extra llamado Kurt

Hayes y nadie se ha rasgado las vestiduras, ¿no ha dicho usted eso, amigo Conrad?

Albert Weiss, el ayudante de dirección, intervino con una risita de conejo nada oportuna, afirmando:

—Sí, eso ha dicho.

—Por eso. —Ben se encogió de hombros con fingida indiferencia, cuando en realidad su cerebro trabajaba a velocidad vertiginosa tratando de establecer un nexo de unión Mitre aquel nuevo asesinato, el de Hayes y la gigantesca operación de drogas—. No hay que echarse las manos a la cabeza. De otro lado, como las secuencias finales de la película debe rodarlas Magali Ocraz, el señor Conrad, profesionalmente, no tiene motivos para preocuparse. Ahora, si es que los tiene personales...

—¡Cállese! —exclamó Roberta Hedison, roja de ira—. No es usted nadie para inmiscuirse en asuntos que no le incumben.

Ben hizo un gesto ambiguo.

—Allá ustedes. Yo he venido a doblar a «ése»...

«Ése», Jack York, seguía inmóvil, hierático, como petrificado.

—Es horrible... —musitó Samantha, pensando que la inoportuna muerte de la sofisticada Bárbara había estropeado sus proyectos amorosos— ¿por qué la habrán asesinado?

Nadie respondió.

Alf Conrad mantenía las mandíbulas encajadas con fuerza. Recortándolas con dureza la piel de su rostro.

Roberta lo mantenía sujeto, suavemente, de un brazo.

Ben había regresado junto a Magali, diciendo al oído de la detective:

—Las cosas se complican por momentos. Bárbara puede haber sido asesinada por celos...

—O por encontrarse involucrada en el asunto de las drogas, ¿no crees?

—Todo es posible.

En aquel instante, a lo lejos, el ulular de una sirena hendió en el silencio de la noche como una hoja acerada de cortante filo.

Muy puntual era la policía.

Y el sargento Effrem Ericson de la Brigada de Homicidios penetró en el *bungalow* como una furia, mostrando un rostro nada amable, muy poco simpático y sí excesivamente malhumorado.

Le habían fastidiado una partida de póquer cuando empezaba a recuperarse.

Tras él, penetraron cinco individuos más, dos de ellos uniformados.

—Soy Effrem Ericson, de la Brigada de Homicidios —se presentó el taciturno sargento—. Me han hablado por teléfono de un crimen. ¿Dónde está el cadáver? ¿Quién se ha comunicado conmigo?

Alf y Roberta, luego de presentarse, informaron de los hechos.

El sargento, luego de trasladarse al lugar donde yacía el cadáver de Bárbara Majors, regresó al *bungalow* y se dispuso a iniciar los interrogatorios.

Aparentemente, excepto Jack York, todos pudieron probar sus coartadas.

El irascible funcionario de la Brigada de Homicidios dijo al actor que debía acompañarle a la jefatura para ampliar su declaración. Advirtió a los demás que serían llamados oportunamente a declarar.

—Nadie puede abandonar la ciudad sin obtener un permiso por escrito...

—Sargento Ericson —intervino el director, dominándose—, mañana debemos trasladarnos a Jamaica para rodar...

Explicó los motivos con todo lujo de detalles.

—Bien —admitió el policía a regañadientes—. Se les concederá la debida autorización para que se ausenten de Miami el tiempo necesario para filmar esas secuencias. ¡Ah! Pero procuren volver todos. Que nadie olvide el camino de regreso porque le costaría la «torta», un «pan». ¿Entendido?

Y salió al punto, indicando a los de uniforme que condujeron a Jack York hacia el autopatrulla.

—Pero... ¿es que filmaremos mañana, Conrad? —inquirió el ayudante de dirección, con genuino asombro.

Alf fulminó con la mirada a Albert Weiss.

—La productora está ajena a las desgracias personales de actores o actrices. Es inhumano, pero es así. Se han invertido varios millones de dólares en esta cinta y los productores empiezan a impacientarse. Primero la carencia de dobles... ¿Quieres que les diga ahora que Hayes y Bárbara han muerto? Son gente de negocios y eso les importa poco. Por suerte o desgracia las secuencias finales se rodarán con los dobles de que al fin hemos dispuesto. Magali y

ese tipo...

—De tipo nada, paisano. Me llamo Don Golden. Procure no olvidarlo.

Alf, enrojeció.

—Bien... —parecía triturar las letras entre sus dientes—. Golden y Magali ocuparán sus lugares en el rodaje. Ahora mismo me comunicaré con las patrullas guardacostas para que dispongan las dos lanchas que deben colaborar en la refriega final. Saldremos a las ocho de la madrugada... —se encaró con la pareja de dobles—. Por el camino les impondré de sus papeles. Efectuaremos un breve rodaje de prueba en Jamaica, como se trata de acción no creo que resulten ustedes demasiados torpes. ¡Ya oyeron, mañana en la mañana, a las siete, deberán estar todos en los estudios de la productora!

No importaba un crimen más o menos.

Gente de negocios.

«¡Basura!», se dijo el federal, mientras salía del *bungalow* acompañado de Magali.

Alf Conrad podía haber estado muy enamorado de Bárbara, pero o sabía contenerse y fingir, o bien le interesaba terminar cuanto antes su gigantesca operación de drogas sin importarle demasiado quién cayera.

Y ya era demasiada la sangre que empezaba a derramarse sobre aquel criminal laberinto.

CAPÍTULO VIII

Las minuterías del reloj andaban muy cerca de las tres de la madrugada cuando Ben, a bordo del pequeño «Ford» de la detective, se encontró de nuevo en Miami.

Detuvo ella el auto suavemente en el cruce de Tallahassee Road con Krome Avenue.

Murmuró:

—Ben..., te has pasado el camino meditando. ¿Algún progreso? Pareció retornar de las nubes.

—¡Eh...! —Ni cuenta se había dado de que el coche habíase detenido—. Perdóname, no te escuchaba.

Sonrió ella con su cautivadora ingenuidad.

—¿Qué has sacado en claro de tus meditaciones?

El hombre del FBI como si temiera lastimarla, tomó con sumo cuidado, entre sus manos nervudas el bello rostro de la detective.

—Algo que te sorprenderá, muñeca.

—¿Y es?

—Que creo en el destino.

—No bromees, Ben.

—¿Bromeabas tú cuando me has besado allá en el jardín?

Enrojeció repentinamente.

—Todavía... no me explico lo que me ha sucedido.

Los azules ojos del federal se oscurecieron.

—¿Nunca sabes lo que te sucede cuando un hombre te besa?

El rubor cobró mayor intensidad. Y en su voz existió un matiz de tristeza, de pena, al pronunciar:

—Los hombres no acostumbran a besarme, Ben. Sé cuidar de mí. Empiezo por respetarme y ello hace que me respeten. Tampoco ando con remilgos cuando alguno intenta propasarse.

Ben Saunders sintió que un extraño nudo se formaba en su garganta.

Lo mismo que si la saliva se le hubiese convertido en un espeso bolo imposible de engullir.

—He sido... brusco. Discúlpame. No era mi intención ofenderte. Es que... cuando te he besado, ha sido una sensación tan maravillosa la experimentada por todos mis sentidos...

—Es pronto, Ben. ¿Crees que podemos hablar de amor?

—¿Por qué no? Ambos creemos en el destino. Si él ha querido unirnos esta noche en ese *bungalow* trágico..., ¿qué nos impide pensar que esa unión pueda ser para siempre?

Magali, sin ceder a su renuncia, intercaló:

—Tienes una misión que cumplir. Ben. ¿Lo has olvidado?

Negó lentamente con la cabeza.

—No. Mi deber está por encima de todo. Pero no es incompatible con mis sentimientos personales. Puedo cumplir... y puedo amar.

—¿A una desconocida?

—No. A la mujer que me entrega el destino. El ha hecho que dejemos de ser desconocidos.

Un brillo fugaz iluminó los tristes ojos negros de la detective.

Preguntó:

—¿En eso pensabas durante el trayecto?

—En todo.

—¿Con respecto a lo otro...?

—He llegado a una conclusión.

—¿Puedo saberla?

—¿Acaso te he ocultado algo? —inquirió a su vez el hombre del FBI en tono dolido—. Ya sé quién era la persona que manejaba a Kurt Hayes, y quién lo asesinó.

—¿...? —interrogó con la mirada y las finas cejas arqueadas.

—Bárbara Majors.

—¡Increíble! ¿Por qué?

—Ignoro el porqué. Pero es evidente que Bárbara estaba enterada de los proyectos que Conrad llevará a cabo mañana. No intuyo ni remotamente por qué deseaba vengarse de él, tampoco alcanzo a comprender cómo estaba al corriente del pasado de Kurt Hayes... Pero el que la hayan asesinado demuestra que mis sospechas son ciertas.

—¿Alf Conrad?

—No. El no ha sido el autor del crimen ni tan siquiera el instigador. Y eso me hace pensar en que existe otra persona interesada en vengarse de Alf Conrad. Mucho daño debe haber hecho ese hombre para tener tantos enemigos...

—Que se maten entre ellos...

—Por el deseo egoísta de ser uno solo el que culmine la venganza. El asesino de Bárbara, es obvio, conoce al dedillo los proyectos de Conrad. Pero no quiere impedir que las drogas lleguen a Miami. ¿Por qué? Para ser él mismo quien lo entregue a la policía con las manos en la masa.

—¿Roberta Hedison?

—De veras, pequeña. Ya no sé de quién sospechar. Primeramente, deseo sostener una conversación detenida con la «Lionesa». Si consigo hacerle pronunciar el nombre de la persona que contrató a sus dos pistoleros para asesinar a Kurt Hayes y simular lo del robo... Si ese nombre, como supongo, es el de Bárbara, nos restará la difícil labor de averiguar el por qué esa muchacha estaba interesada en vengarse de Conrad. Y por último, descubrir al que la ha asesinado y también los motivos que lo impulsan a la venganza.

—Ben, no imaginé que todo resultara tan enrevesado.

—Pues algo me dice que si logramos desenredar esta madeja siniestra, nos llevaremos una sorpresa mayúscula.

—¿Más sorpresas todavía?

Ben no respondió.

—Tú conoces bien Miami, ¿no es cierto? Déjame a la puerta del «Hawai».

Nada objetó.

Hizo girar la llave del contacto y puso el auto en marcha rumbo al norte de la ciudad.

Hasta encontrar la confluencia de Tallahassee Road con South Dixie Highway.

Por esta última cruzó Miami de un extremo a otro.

Luego por North Miami Avenue, alcanzó la 125th Street.

Y se detuvo en la esquina de aquélla con N. E. 6th Avenue.

—Hemos llegado, Ben. ¿Quieres que te guarde?

—No es necesario, pequeña. Es mejor que descanses unas horas. Nos veremos por la mañana en el estudio. ¡Ah!, espero que te

comportes como una verdadera actriz.

—Lo procuraré, Ben. Hasta luego, ¿no?

Besó fugazmente sus labios menudos y rojos antes de apearse del vehículo.

—Hasta luego, Magali.

CAPÍTULO X

«Hawai».

Un lugar elegante donde los trasnochadores distinguidos que manejaban la «pasta» sin miramientos ni reparos, tenían diversión asegurada hasta las cinco y pico de la madrugada.

Por eso a las tres, la animación reinante empezaba a alcanzar su punto culminante.

«Hawai».

Sólo al trasponer las enormes puertas cristaleras que protegían unas persianas graduables de suave colorido, sumíase uno en la más invitadora y bien lograda de las penumbras.

Un policromo tamizado de luces que se escondían dentro de conchas marinas multicolores, apenas conseguía disipar las agradables tinieblas que poblaban el pasillo muellemente alfombrado que conducía hasta la sala.

Habíase efectuado la distribución de los veladores de una forma tan estratégica como exquisita.

Encima de cada uno distinguíase una lamparita, puro motivo decorativo, carente de bombilla con filamento.

Hacía falta un notable apoyo por parte de Lucía para poder examinar las facciones del ocupante u ocupantes de la mesa contigua.

Por la izquierda, difusamente iluminada también, corría una brillante barra, dentro de la cual se movían con diligencia un terceto de barman cumpliendo los encargos de los camareros distribuidos por el lugar o bien de los clientes que preferían beber en la barra.

Las «nenas» eran asunto aparte.

Nada de uniformes.

Nada de distintivos ni contraseñas que las delatara como «ganchos» de la casa.

Cada una vestía con el concepto que se había formado del vestir.

Y alguna, tenía tan escueto ese concepto, que a uno le asaltaba la duda de si iban medio vestidas o medio desnudas.

Como todo en la vida, cuestión de opiniones.

Ben Saunders permaneció unos segundos inmóvil en la amplia arcada que permitía el acceso a la sala, esperando a que sus ojos se acostumbraran a tan «cegadora» claridad.

Fue observando atentamente de un lado para otro. Intentó escudriñar hacia el fondo, allí donde la oscuridad era prácticamente impenetrable.

Había una pista de brillante encerado, circular y bastante amplia, donde podían moverse con holgura a los acordes de la danza una veintena de parejas.

Detrás de aquélla, otra pista más reducida a modo de escenario, desde la que actuaban las atracciones que, dicho sea de paso, solían ser voces mundialmente cotizadas.

A la izquierda, sobre una tarima pulimentada, alojamiento para los componentes de la orquesta.

Cuando Ben, acostumbrados los ojos, avanzaba unos pasos hacia el bar, un foco de nítida blancura se estrelló brillantemente sobre la pista posterior, encerrando en su estridente cono luminoso la figura de una mujer soberbia.

Con unas dimensiones físicas, antropométricas y demás, que helaban la sangre en las venas.

Rubia. Escandalosamente rubia. De eso que se llama platino. Ceñida en el interior de un vestido cóctel color naranja, descotado por todo lo alto, pero hacia abajo, que permitía identificarse con la magnificencia de un busto prominente, erguido, de blancos inicios que atisbaban sutilmente.

La perversa tela, ceñía la rotundidad de sus flotantes caderas, y se abrían en un lado para mostrar la perfección con que habían sido trazadas sus piernas hasta medio muslo.

Siempre echando corto.

Sonaron unos discretos aplausos, quien más quien menos estaba bastante atareado, cuando ella, toda cadencia, se acercó al micrófono anunciando el número que iba a interpretar.

Atacó la orquesta los primeros compases.

Y pronto se dejó oír su voz cálida, pastosa, aterciopelada, rica en

matices e inflexiones, entonando:

«Solamente una vez, amé en la vida.

Solamente una vez, y nada más...»

Saunders se acomodó a horcajadas sobre uno de los altos taburetes.

Pronto tuvo frente a sí al barman quien, muy respetuoso, no se atrevió a turbar el interés que el cliente demostraba por la vocalista.

Ben giró la cabeza con una sonrisa en sus labios.

—Bonita chica, ¿eh? —musitó entrecerrando los azules ojos—.

Póngame un primer *whisky* para que vaya entrando en situación.

—¿Alguna preferencia en especial, señor?

Sin mucho interés, dijo:

—«Ancestor».

No tardó en tener el vaso entre los labios.

Su atención hacia la cantante, en principio humanamente lógica, no pasaba ahora de ser fingida.

Vagaba su mirada azul de un lugar a otro en busca del acceso a las dependencias privadas de la casa.

Por fin descubrió la diminuta arcada, principio sin duda de un pasillo, que se abría a la izquierda del tablado de los músicos y se hacía casi invisible merced al oscuro verdor de los tupidos cortinajes que la cubrían.

Pausadamente, consumió su *whisky*.

Dejó un billete sobre el mostrador renunciando a la vuelta y escuchando el consabido:

—Gracias, señor.

Se apartó de la barra procurando circular por los lugares donde la penumbra dejaba de ser eso para llamarse oscuridad.

Nadie se preocupaba de nadie.

Cada uno a lo suyo..., o la rubia platino.

Lo último que oyó antes de franquear los cortinajes verde oscuro, fue:

«Solamente una vez en mi pecho brilló la
esperanza...»

No hubiera estado nada mal contemplar el susodicho brillo en el

lugar aludido.

El pasillo era estrecho y alfombrado.

Apenas se percibía el siseo de los zapatos sobre la mullida estera.

Corto, pero bifurcándose al final a derecha e izquierda.

¿Por dónde?

Casi se topó de narices con un elegante caballero que asomaba por la derecha con rapidez y sigilo.

Se miraron unos segundos.

Era un tipo de facciones latinas, muy correctas eso sí, lo que ellas denominaban guapo, con abundante y bien ondulado cabello negro de natural brillo. Sus masculinos atractivos estaban coronados por un aspecto atlético en el que las hombreras de la chaqueta podían tener ciertos grados de influencia.

De todas formas, no era precisamente un alfeñique.

—¿Voy bien para el despacho de Abbe?

—Por supuesto. Tercera puerta de la izquierda.

Y se hizo a un lado para dejarle paso.

No bien hubo Saunders avanzado un pie, cuando recibió un codazo violento en mitad del hígado.

Sorprendido por el traidor ataque, se inclinó hacia delante soltando un gemido.

Un espasmo contrajo todo su cuerpo.

El atildado caballero, seguidamente, le asestó un derechazo en mitad del rostro haciéndole girar sobre sí mismo hasta que su espalda chocó con la pared.

Vio la cruel sonrisa que curvaba sus labios gruesos.

—Conque al despacho de Abbe, ¿eh, rubito?

Y ampliando la sonrisa, proyectó sus puños hacia el cuerpo del otro pretendiendo aplicarle el uno-dos definitivo.

Pero aquellos segundos habían contribuido a que el federal recobrase casi por completo sus energías.

Escorzó ante la agresión de su contrincante escapando a los demoledores mazazos.

Sonriendo él ahora, esperó pausadamente a que el otro iniciase una nueva embestida.

Vio venir el puño cerrado como una maza.

Moviéndose entonces con velocidad relampagueante, aferró la muñeca con la zurda, al tiempo que le pasaba el brazo derecho para efectuar una dolorosa palanca sobre su antebrazo.

Le soltó bruscamente.

Para clavarle la punta de los dedos en el plexo.

Y sacudirle un trallazo con el canto de la diestra por debajo de la nuez.

Culminando con un terrible gancho en mitad de la barbilla que alzó a su contrincante del suelo estampándole contra una pared y de rechazo sobre la otra.

Se desplomó *ipso facto*.

Groggy.

Tercera puerta de la izquierda. Eso había dicho, ¿no?

Piles valía la pena comprobarlo.

Y abriría sin excesivas contemplaciones.

Para cerrarla con igual contundencia.

—¡Buenas noches, Abbe!

No era la mujer joven, espléndida, cautivadora y provocativa que podía esperarse.

Tenía sus cincuenta, aunque los llevara con mucha gracia y disimulo.

Bella, ¿qué duda cabe?, lo había sido.

Aún quedaban restos evidentes de su hermosa primavera de juventud.

Sus ojos negros. El cabello, teñido sin duda, con mechones de variado colorido. La línea sensual de sus labios cargados de *rouge*.

Y la todavía rotundidad de un cuerpo bien formado.

Estaba tendida perezosamente sobre un diván de tapizado color leopardo.

Cerca de ella, de su diestra de largos dedos, lucía un vaso de ambarino contenido sobre una mesa ratona.

Al fondo, el mueble bar.

A su izquierda, otra mesita con televisor y tocadiscos.

En este último giraba un círculo redondo de negro brillante al que la aguja arrancaba la voz de Frank Sinatra en su éxito más reciente.

Con languidez extendió una mano y detuvo el brazo del

pic-up.

—¿Quién eres?

Ben la estudió con largueza antes de responder.

—Uno que no le teme a los muros.

Estiró sus largas piernas con negligencia.

—Nunca me han interesado los crucigramas, ¿qué dices?

—Está feo, marquesa —musitó el federal dando unos pasos hacia el centro de la pieza—, que envíes a tus hombres al «matadero». Sí, ya sé que no entiendes. Hablo de dos chicos muy dinámicos llamados Hugo Bikel y Mel Mac Lain. Bárbara Majors los utilizó anoche para «adornar» el asesinato de Kurt Hayes. ¿Cómo accediste a eso, «Lioness»?

No escapó a la sagaz mirada del federal la fugaz contracción que había empequeñecido las pupilas de Abbe al oír pronunciar el nombre de Bárbara.

Pero reaccionó al instante, pronunciando con voz gangosa:

—¡Lárgate, apestas! Si llamo a la bofia te sacarán de aquí a bofetada limpia.

Una fría sonrisa que contrastó con la inocencia de su azul mirada, cubrió los labios del agente del FBI.

—Temo que no me ha entendido —dijo con toda parsimonia—. Yo mismo puedo discar el número de la «bofia». Pero... ¿Si te sirve esto? —extrajo su credencial manteniéndola abierta unos segundos—. Mira, marquesa —agregó, regresando su documento al bolsillo—, no me importan tus chanchullos, ¿sabes? Sólo quiero que me digas por qué le dejaste esos dos tipos a la Bárbara sabiendo que iba a «pelarlos». Tú me lo dices, yo me largó y ahí te las compongas. De lo contrario, como apenas me intimidan tus extorsionados protectores, te sacaré de este local tan elegante y distinguido con dos hermosos aros de metal en las muñecas. Y mientras no se demuestre lo contrario, permanecerás arrestada por presunta cómplice de un homicidio.

Una sonrisa burlona distendió los embadurnados labios de la magnate del hampa.

Extendió su mano derecha para atrapar el vaso medio lleno de *whisky*.

Pero no se percató Ben, de que, al mismo tiempo, oprimía un diminuto y casi invisible saliente situado en un ángulo de la mesita

ratona.

—¿Dónde está la orden de arresto, Fed?

Bebió satisfecha.

—Luego me ocuparé de eso, marquesa. Soy un tipo muy pacífico, ¿entiendes? Pocos tiros, menos puñetazos..., pero a veces pierdo los estribos. Entonces, ya no tengo noción de lo que hago.

Dejó el vaso, vacío ahora, sobre la mesita.

—No sé de qué me estás hablando, señor subordinado de Edgar, Hoover. Nunca he oído hablar de esa Bárbara, ni de tal... ¿cómo has dicho?, ¡ah, sí! Kurt. Tampoco me suenan Bikel y Mac Lain. ¿Por qué no te largas a husmear por otra parte?

Sigilosamente, girando sobre unos goznes bien engrasados, la puerta habíase abierto sin producir el más leve gemido.

Y un corpulento fulano avanzaba sobre la puntera de sus zapatos con suela recauchutada, blandiendo una monumental navaja en la diestra.

Alzó la hoja, enfilándola hacia la nuca del federal.

—Bien, marquesa —decía Saunders en aquel instante—, no quieres razonar, ¿eh?

Descendía ya el acero.

Despacio primero...

¡Crac! ¡Crac!

Los dos balazos retumbaron en las paredes de la estancia como cañonazos.

Ben dio un veloz giro sobre sí al tiempo que saltaba hacia la izquierda, mientras su mano derecha volaba en busca de la funda axilar.

Detuvo el movimiento tan bruscamente como lo iniciara.

Le bastó para ello ver al mastodonte tendido en el suelo, con dos proyectiles clavados en la nuca, aferrando entre los dedos la empuñadura del afilado acero.

Y escuchar aquella voz que susurraba:

—No es necesario, Ben. Tampoco me he molestado en usar silenciador porque las paredes de esta habitación y la puerta están fabricadas especialmente para ahogar toda clase de estampidos. No es el primer crimen que aquí se comete. Y nuestra amiga Abbe es una señora muy prevenida. ¿Cierto, «Lioness»?

Ben Saunders, agente especial del FBI, estaba asombrado.

Contemplando con evidente admiración la firmeza con que Magali Ocraz empuñaba su automática.

¡Pensar que le había dicho que se retirase a dormir!

Y que estaba vivo gracias a que ella, con extraordinario criterio, no le había hecho el menor caso.

Viéndola con sus tristes ojos negros, se olvidaba de que a fin de cuentas era una detective privado.

—Me pareció una imprudencia que te metieras sólo en la boca de la «leona». Ya he visto que por el pasillo has tropezado también con dificultades. Pero..., sigue charlando con nuestra amiga. Yo me encargaré de recibir a los esbirros que vaya avisando con sus botoncitos mágicos.

Abbe Benton estaba pálida, desencajada, contraídas las facciones por un rictus de odio y rabia.

Ahora, sentada en el diván con los pies apoyados en tierra.

—Perfecto —habló el del FBI volviéndose hacia «Lioness»—. Las cosas no ruedan bien, marquesa. Ahora puedo acusarte de intento de homicidio en la persona de un federal.

—De eso puedes acusar al muerto, no a mí —repuso con voz silbante.

—También el código tiene un articulito reservado para los instigadores, sin distinguir entre clases o sexos. Te sacaré por la puerta principal. Será un espectáculo gratuito para tus clientes, ¿no crees?

Quizá por primera vez desde que se ganara el alias de «Lioness», se dio por vencida.

—¿Qué quieres saber? —preguntó roncamente.

Sonrió el del FBI irónicamente.

—Te lo he dicho, marquesa. Cositas relacionadas con Bárbara Majors, con Kurt Hayes, con tus colaboradores Bikel y Mac Lain.

Torció la boca.

—Correcto —masculló—. Me pidió esos hombres pagando por ellos cien mil dólares. Fueron engañados. Creían que se trataba de arrojar un «fiambre» al océano. Iban a morir para simular un atraco en la habitación de ese tal Hayes. ¿Qué más quieres saber?

Ben sonrió irónico.

—Nada. El resto me lo hubiese dicho Bárbara. Pero han tenido el mal gusto de asesinarla esta madrugada en la playa. ¡Una pena de

chica! Tan angelical ella...

Dio media vuelta.

Por eso no pudo captar el extraño brillo que había surgido del fondo de las pupilas de Abbe al escuchar que Bárbara estaba muerta.

—Vamos, Magali. A las siete nos espera, el impaciente señor Conrad.

Ambos salieron del despacho.

Y un par de minutos después abandonaban el «Hawai».

—¿Y ahora? —preguntó la detective, de nuevo en su auto.

Ben, lentamente, ladeó la cabeza y buscó los arqueados y rojos labios para besarlos con largueza.

—Darte las gracias... —jadeó con la respiración entrecortada—, porque te debo la vida.

Un nuevo ósculo unió sus labios prolongadamente.

—Ya no es hora de acostarse —musitó Magali, consultando su menudo reloj de pulsera—. Mi apartamento no es una maravilla..., pero puedo ofrecerte un *whisky* y una cómoda butaca.

—Acepto, pesquisa —sonrió él.

Puso el coche en marcha.

Y al mismo tiempo, aquella sombra de tristeza que vagaba por sus ojos negros empezó a desvanecerse.

No hablaron durante el recorrido.

CAPÍTULO X

Las últimas ediciones de los periódicos matutinos aireaban la noticia con caracteres de molde.

Los títulos más sensacionalistas habían saltado de las linotipias al papel.

Uno de ellos, empezaba así:

«¡Miami, año 1930! ¡Una ola de crímenes se cierne sobre nuestra ciudad! ¡Océanos de sangre desbordan nuestras calles! ¿Qué hace la policía?

Alf Conrad, conocido director cinematográfico, y Roberta Hedison su esposa y actriz, han sido hallados al amanecer, en su dormitorio, materialmente acribillados a balazos. ¿Qué sucede en Miami? En un lapso inverosímil de tiempo seis crímenes...»

La mayor parte de cuántos iban a intervenir en el rodaje de las secuencias finales de Contrabando mortal llegaron puntualmente a los estudios de la Production Films

Denwer & C.⁹

Ltd., sin haber comprado un periódico.

Ajenos a la catástrofe.

Magali y Ben fueron dos de ellos.

Pero la afluencia de agentes uniformados y otros muchos de paisano que revoloteaban cerca de los estudios como moscas alrededor de un pastel, pronto hicieron comprender a los que iban llegando que algo anormal había sucedido.

El teniente Paul Leaver de la Brigada de Homicidios, cuando todos estuvieron presentes, les pasó por delante de las narices algunos ejemplares de los periódicos de la mañana.

Ben Saunders, atónito, le arrebató uno de los diarios al policía.

Y cuando el teniente se disponía a recordarle de forma poco ortodoxa el respeto que se les debía a los funcionarios de la ley, el agente fue mucho más rápido y le plantó la credencial delante de los ojos.

Su sorpresa pudo considerarse legítima.

—¿Asunto federal?

Ben se encogió de hombros.

—¡Ni yo mismo lo sé! —exclamó desabrido.

Y ni cuenta se dio de que Magali le había arrebatado el periódico.

Sí la oyó preguntar, dirigiéndose al policía, después de leer la doblemente luctuosa noticia:

—¿A qué hora se cometió la masacre, teniente?

—Los informes preliminares del forense establecen que entre cinco y seis de la madrugada.

Calló, tirando a Ben de un brazo.

—¿Qué opinas ahora?

El desconcierto del federal era patente.

—¡Que no hay rodaje, que no hay operación gigantesca, que no sé por dónde navego...!

—Que queda un último asesino —apuntó ella sagazmente—. ¿O no?

—Sí... ¡Pero es incomprensible! ¡Absurdo!

—Ben... —susurró ella con una enigmática sonrisa en sus menudos y golosos labios—, ¿no dijiste tú ayer que si lográbamos desenredar esta madeja siniestra, nos llevaríamos una sorpresa mayúscula?

Arqueó las cejas.

—¿Eso... dije?

—Me pareció entenderlo así, diría que así lo pronunciaste. Bueno, ¿has renunciado a la sorpresa?

El hombre del FBI la miró talmente como si la viera por vez primera.

—¡Por Dios, Magali! ¿Qué dices?

—Nada, Ben. Que nos queda un asesino, el cerebro rector de la trama la sorpresa mayúscula. ¿Quieres perderte el número fuerte del espectáculo?

—Pero... oye..., es que... ¿Quieres...? —Estaba excitado, febril,

nervioso.

—Ben —cortó ella con una serenidad y aplomo que él desconocía—, ¿quieres escucharme?

Dijo que sí con la cabeza. Como podía haber dicho que no.

—S... I.

—Provéete de un magnetofón de alta fidelidad. ¿Entiendes? Yo, entretanto, comprobaré unos datos en la hemeroteca de la ciudad. Nos reuniremos a las once en Flagler Street, frente al Bayfront Park. ¿Has comprendido?

—No. Pero...

Ella, imperiosa, le contuvo con un ademán.

—Me aguardas exactamente en ese punto. Luego nos dirigiremos a la escalerilla de emergencia de cierto edificio, subiremos hasta un apartamento, nos colaremos en una habitación, pondrás el magnetofón en marcha, y grabarás la cinta más sorprendente de toda tu vida. ¿Has comprendido bien mis instrucciones?

—Sí...

—¡Ni un minuto de retraso, señor agente!

Parpadeó, sin salir de su sorpresa, repitiendo mecánicamente:

—Ni un minuto de...

Magali ya no estaba junto a él.

CAPÍTULO XI

Estaba tendida sobre el lecho, alzados los párpados, clavados los ojos en el techo blanquecino.

Entreabierta la puerta del dormitorio.

Hasta que una mano la empujó suavemente terminando de abrirla.

—Buenos días, «Lioness» —saludó una voz queda de ligero matiz burlón—. ¿Todavía descansando a estas horas? ¡Oh! Claro, es horrible retirarse a descansar a las seis de la mañana después de haber empuñado una metralleta para acribillar dos personas. Lo comprendo, lo comprendo.

Bajó los ojos del techo, con lentitud, hasta tropezar con la ágil y estilizada silueta femenina que la contemplaba desde el umbral de la puerta con los inicios de una irónica sonrisa en los labios.

—¿Qué quieres, muñeca?

Magali Oczaz, alzando el cañón de su automática para ponerla de manifiesto, repuso en tono quedo:

—Charlar contigo, Abbe Benton, alias «Lioness». Empezaré por decirte que reconozco que la cirugía plástica obra auténticos milagros. Pero no consigue alterar más que el físico de las personas. Sus instintos, sentimientos, bajezas, ruindades... y sobre todo el pasado, eso, no lo altera. ¿Cierto, Maida Summers?

Se alteró visiblemente la respiración de la que seguía tendida en el lecho.

—¿Cómo sabes eso? —inquirió con voz ahogada.

Magali amplió su sonrisa.

—Esta noche pasada, en tu despacho del «Hawai». Al oír de labios del agente federal que Bárbara Majors había sido asesinada, tus ojos se contrajeron, se crisparon tus músculos faciales. Era... ¡era tu hija a quien habían asesinado! Eso te enloqueció. Sabías positivamente que sólo Roberta Hedison podía haber perpetrado el

crimen. Por eso has corrido a «liquidarla» con tus propias manos. Y a él, al James Hall de tu pasado, Alf Conrad del presente. Ya no has querido esperar a que tu plan se consumase, has preferido acribillarlos. ¿Quién podía imaginar que en otros tiempos fuiste Maida Summers, actriz de cine, amante de Hall, cómplice del asesinato de William Drury? Hall había cometido un repugnante crimen, ¿no es eso? Drury llevaba varios años extorsionándolo. Hasta que James concibió la idea de que te casaras con el pobre Roger Wendkos, atrajeras a William... y el resto lo harían los contenidos celos de tu infeliz marido. Perfecto. Pero luego, Hall se cansó de ti. Te abandonó el día menos pensado dejándote con una niña de tres años. Luego... ¿Por qué no me cuentas tú misma lo que sucedió, Maida?

Un espeso silencio se hizo entre ambas mujeres.

Magali pasó al interior del dormitorio apoyándose en la pared, cerca de la puerta, sin dejar de encañonar a la otra.

Abbe Benton, alias «Lioness», en verdad Maida Summers, respiró fatigosamente.

Dijo, sin apenas emoción:

—Juré vengarme de él. Me prometí solemnemente no descansar hasta verlo hundido, fracasado, muerto. Vagué de un lugar a otro. Nueva York, Denver, Baltimore, Méjico, Brasil... Allí, en Río de Janeiro, la vida me brindó mi oportunidad. Un hombre caduco, forrado de millones, que se enamoró de mí como un colegial. Murió seis años después, dejándome convertida en una rica heredera. Entonces decidí que yo también debía morir. Un nuevo rostro, una documentación a nombre de Abbe Benton que hubiese engañado a los mejores expertos, el regreso al pasado con una nueva personalidad. Volví a Estados Unidos y me hice cargo de mi hija que prácticamente vivía de caridad en un orfanato. Le conté que había conocido a su madre, que ella había muerto por culpa de la maldad de un hombre. Día a día inculqué en ella la idea de vengarse, mientras yo me introducía en los bajos fondos y empezaba a labrar mi alias de «Lioness». Fueron transcurriendo los años sin que ello hiciera mella en mi afán de cobrar lo que un hombre me debía. Ya era alguien. Y gracias a mis muchos contactos localicé a un James Hall que se hacía llamar Alf Conrad y estaba casado con una tal Roberta Hedison. También pude dar con el

repulsivo Roger Wendkos, quien, para no ser excepción, tenía documentos a nombre de Kurt Hayes.

Hizo una breve pausa. Buscó con sus ojos estrábicos el techo de pálido blanco.

Suspiró profundamente.

—Tuve que esperar un tiempo. Hasta que Bárbara fue una hermosa mujer. Nada era difícil para mí. Ni siquiera hacerla llegar como actriz, enviándola contra su padre. Yo tracé el plan, en cuanto Alf estuvo dispuesto a concederle un papel estelar en su próxima película. Incluso el guión salió de mis manos, a través de un guionista que tenía mucho que callar. Bárbara estaba al corriente de todo. Odiaba a su padre tanto o más que yo. Y fue ella misma quien le propuso la operación de las drogas aprovechando el argumento de la película. Como suponía, Alf mordió el anzuelo. También Roberta, aunque ella jugaba con dos barajas sin yo saberlo. Ni Bárbara ni Jack York eran artistas. Alf comprendió la necesidad de doblarlos en las secuencias difíciles del film. Era lo que yo esperaba. Fue entonces cuando Bárbara se puso en contacto con la División Federal, por medio del desdichado Kurt que tampoco había renunciado a sus deseos de venganza. Le explicó quién era Conrad en realidad, si bien mi antiguo marido ya lo sospechaba. No era difícil suponer que entre todos los agentes del FBI existiera uno que tuviese cierto parecido con Jack York. Si no, unos retoques bastarían. Hubo suerte. Ben Saunders, sin necesidad de artificios, tenía mucha semejanza con el imbécil del protagonista. Todo estaba dispuesto. El FBI atraparía a Conrad con el monumental alijo de drogas y eso significaría su ruina. Pero las cosas empezaron a complicarse antes de tiempo cuando el estúpido de mi antiguo marido relató al federal la triste y vergonzosa odisea de su vida. Si Saunders era medianamente inteligente, podía ver demasiado, sondear de nueve a Kurt y arrancarle la verdad de cómo se había enterado de la operación de estupefacientes. Por eso ordené su muerte.

«Todo esto me hizo descuidar a Roberta Hedison. Ella ataba cabos. Y como también odiaba profundamente a su marido, al descubrir los manejos de Bárbara, comprendió que su venganza fracasaría. Deseaba darse la satisfacción de hundirlo ella. Por eso movilizó cielo y tierra hasta encontrar por sí misma la doble de

Bárbara. ¡Precisamente una detective privado! Tú estabas destinada a matar al federal inconscientemente. En la escena del asalto a la lancha, tu pistola sería sustituida con una cargada con proyectiles auténticos. Quizá todo hubiera salido de acuerdo con sus planes, pese a que yo había preparado el mío durante tantos años, de no cometer el error de matar a mi hija. Tenía miedo de que Bárbara evitase el éxito de su proyecto, que era el de descubrir a los agentes guardacostas, una vez en Miami, el alijo que su marido había mandado ocultar en las propias lanchas de la policía».

Una nueva pausa. Un sollozo ahogado. Quebrada la voz, al seguir:

—Era mi hija... y la quería a mi modo. Ambas deseábamos vengarnos de un canalla, pero de forma que la propia justicia se encargara de hundirlo. ¡Esa perra asquerosa! Mató... Asesinó a Bárbara por la ambición de ser sólo ella quien acabase con el hombre al que odiaba con todas sus fuerzas. ¿Y qué? Muerta mi hija, he renunciado a todo. Por eso, yo misma, los he acribillado a balazos. Ya no habrá operación en gran escala de tráfico de estupefacientes, James Hall no se pudrirá el resto de sus días en una penitenciaría federal... porque ya se está pudriendo ahora.

Miró a la detective con ojos inexpresivos, ausentes.

—Si he dejado algún hueco en la historia —agregó—, será detalle sin importancia. Tú misma puedes rellenarlo, puesto que conoces el resto. Procura que mi nombre salga escrito en los periódicos con letras de molde...

—No lo dudes —asintió Magali, impresionada a su pesar, después de haber escuchado la historia vesánica de una mente ruin, tortuosa—. Y te harán fotografías cuando salgas de la audiencia.

—Te equivocas.

—No —cortó la detective—. He tomado mis precauciones...

—Sí —la interrumpió a su vez «Lioness»—, ya sé que tu amigo el federal está grabando esta conversación en cinta magnetofónica —su voz iba debilitándose por momentos—. Al decir que te equivocas, me refería a que no iré a la audiencia, porque no sé de ningún muerto que haya sido juzgado en la tierra. Desde hace dos minutos, amiga mía, estoy masticando unas cápsulas que contienen ácido prúsico. Mis segundos de vida... están contados. Ya no...

Su voz se apagó bruscamente.

Una siniestra convulsión contrajo su cuerpo varias veces consecutivas.

Hasta que se inmovilizó trágicamente.

Entonces penetró Ben como una exhalación, abandonando su escondite.

Le alzó los párpados.

Escuchando a su espalda la voz de Magali, pronunciando:

—Dictó sentencia contra todos. Hasta contra sí misma. Es inútil, Ben. Ha muerto.

Se apartó del lecho contemplando con ojos muy fijos el magnetofón que sostenía en la diestra.

—Nunca pensé que sucedería así. Lo de siempre, tenía que existir la sorpresa.

Se hizo un silencio.

—¿Qué te preocupa, Ben?

—No es preocupación, pequeña. Es un detalle que baila por mi cabeza, algo que se me escapa.

—¿Y...?

—¿Cómo averiguaste que Bárbara era hija de la «Lioness», de Maida Summers?

La hermosa detective sonrió suavemente.

—En principio... corazonada. Pura intuición femenina. Después, casi absoluta certeza. Ha bastado comunicarme con un colega de Los Ángeles, pedirle que consultara el Registro Civil y recibir respuesta afirmativa a mi intuitiva corazonada. ¿Algo más, Tío Sam?

Ben se encogió de hombros.

Musitó, dubitativo:

—Pues... me estoy preguntando si debo o no ir a Jamaica en busca de mi frustrado alijo de estupefacientes.

—¿Deseas marcharte? —inquirió ella, vibrando en su voz un extraño matiz.

Se miraron.

Con intensidad.

En silencio.

Expresivamente...

Con esa elocuencia que tienen los ojos cuando los labios permanecen pegados.

Caminaron uno hacia el otro.

Una boca hacia la otra.

Un beso...

—¿Crees en el destino, pequeña?

Una sonrisa fugaz de sus labios menudos, carnosos, húmedos.

—De no haber creído en él cuando tropecé con Roberta Hedison, no estaría contigo ahora.

Ben acarició los castaños cabellos.

—Vine por un cargamento de drogas y me llevo un cargamento de preciosidades. Lo suficiente para compensar una misión vacía.

Magali arqueó las cejas.

—¿Te llevas?

—Sí. Me llevo.

—¿Y si el cargamento de preciosidades se niega a ser confiscado?

Sonrió.

—Haré que te retiren la licencia. Vendrás a pedirme que me...

Los brazos ágiles de ella se enroscaron en la nuca del hombre al tiempo que los femeninos labios se aplastaban vorazmente en los de él.

Luego, entre jadeos:

—Te lo pediré ahora, Ben Saunders. ¿Quieres casarte conmigo?

Primero un ósculo interminable.

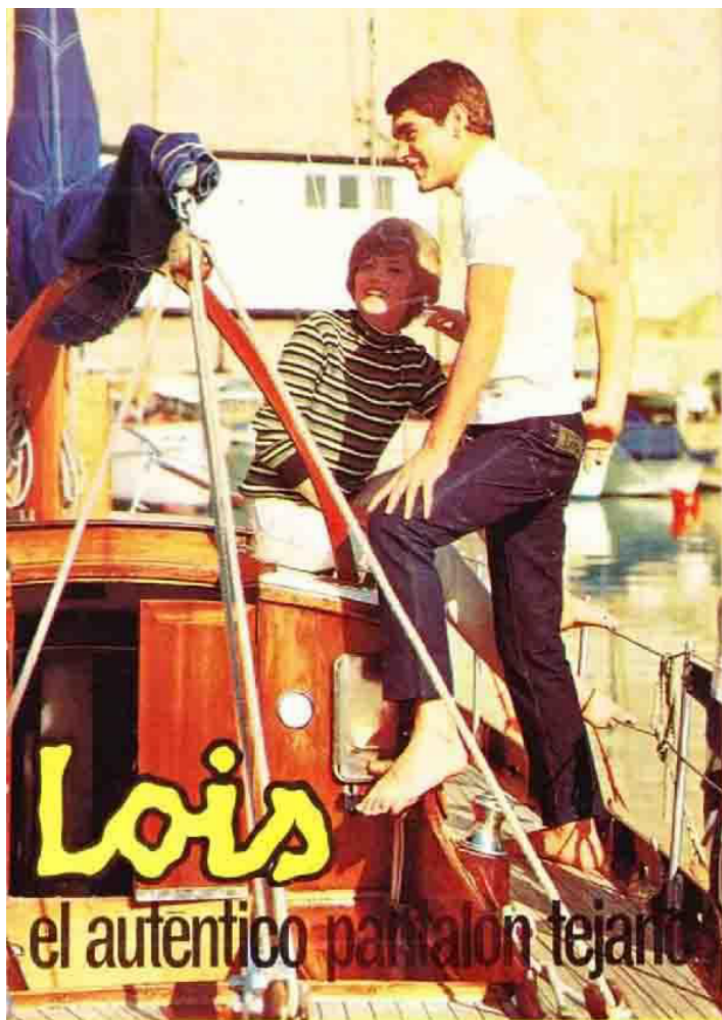
Luego, un susurro:

—Si me prometes ser un ama de casa de esas que zurcen calcetines, planchan camisas... y se olvidan de que un día fueron detectives privadas...

Un beso de ama de casa dispuesta a pasarse la vida dedicada a unos menesteres felices, silenció la boca de Ben.

Después...

FIN



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (ESPAÑA)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

